

Miles de personas han vivido
sin amor pero ninguna sin agua.

W.H. Auden.

200-03CU-17973

Título original: *Water Stories*

Traducción de Eca Zepeda Iriás

Esta obra ha sido publicada gracias a la aportación financiera de ICCO, Fabrique, la provincia de Noord-Brabant y WL | Delft Hydraulics.

© Copyright © IRC International Water and Sanitation Centre, 2003.

Reservados todos los derechos, de conformidad con el Protocolo 2 de la Convención Universal sobre Derechos de Autor.

Sin embargo, se permite la reproducción total o parcial de esta obra para efectos educacionales, científicos o de desarrollo, salvo aquellos con fines comerciales, siempre y cuando: (a) se cite la fuente y (b) se notifique por escrito a IRC, Apdo. Postal 2869, 2601 CW Delft, Países Bajos. Tel. +31(0)15 219 29 39, Fax +31(0)15 219 09 55, e-mail: publications@irc.nl.

Diseño: Fabrique, Delft, Países Bajos

Impreso en: Meester en de Jonge, Lochem, Países Bajos

ISBN 90-6687-041-9

Cuentos del Mundo del Agua

Sascha de Graaf (ed.)

WHO International Water
and Sanitation Centre
Tel.: +31 70 30 689 80
Fax: +31 70 35 899 64

Handwritten signature

LIBRARY IRC

PO Box 93190, 2509 AD THE HAGUE

Tel.: +31 70 30 689 80

Fax: +31 70 35 899 64

BARCODE: 17973

206 03C4





Índice

Prefacio 8

- Lágrimas de alegría Paul van Vliet, Embajador de Unicef, Países Bajos 13
- Chapuzón Beverley Nambozo, Uganda 16
- Microbios desnucados Silena Vargas, Colombia 19
- ¡Conozca bien a sus clientes! Brian Little, Reino Unido 20
- Promesas vacías Enatjenta Melaku, Etiopía 23
- El arte de bañarse Pamela Lee Ann Stier, Brasil 24
- Agua Alexander, Canadá 27
- El lápiz contra el balde Nancy J. Haws, Bolivia 29
- El asno, la tormenta y la lluvia del enemigo Misheck Kirimi, Kenya 30
- Celebración bajo la lluvia Peter McIntyre, Reino Unido 33
- El mundo de un pez visto a través de mis ojos de niño Ashish Singh & Nikeeta Singh, India 35
- Pepito, la Gota de Agua, vive una aventura Jemi S. Katko, Finlandia 36
- La gente de Sang padece la tortura de Tántalo Rashid Pelpuo, Ghana 39
- La mariposa Arlex Sánchez Torres, Colombia 40
- El origen del Amazonas Una indígena Juruna, Brasil 45
- Agua mágica Arturo González, México 46
- La sabiduría del anciano y las hormigas Jean Yves Clavreul, Costa de Marfil 49
- La lluvia siempre es una bendición Gail L. Fiorini-Jenner, EE.UU. 51
- Las apariencias engañan... Corine Otte, Países Bajos 54
- La doncella y el río Christopher Moriarty, Irlanda 56
- Nueva vida para las mujeres del pozo Lucy Akanboguure, Ghana 58
- Servicio de agua bendita a domicilio Mary Cahill Kurpiewski, EE.UU. 62
- Un acontecimiento anual Rosalie Castro, Filipinas 66
- La llave prohibida Corina van der Koppel, Países Bajos 69
- Pozos rojos y pozos verdes M.I.Zuberi, Bangladesh 72
- Globo de agua, globo de agua Patrick, Canadá 75
- Seguir nadando Nancy Moffett, EE.UU. 76
- Mezcla de emociones Silena Vargas, Colombia 81
- El río es quien me invita a regresar Pratima Singh, India 82
- La Autopista de la Amistad Dick Kanters, Países Bajos 84
- El poder curativo del agua pura Ibe Samuel Onwuchekwa, Nigeria 87
- Una lucha cuesta arriba Bunker Roy, India 89
- Kinderdijk Dick Kanters, Países Bajos 92
- Una formidable madre llamada Mekong Charles Bautista, Filipinas 95
- El pozo de la discordia Abdulla M. Al-Thari, Yemen 96

Agua Meish Goldish, EE.UU.	99
El límite es 40 metros cúbicos Maher Abu-Madi, Palestina	100
Un puente demasiado lejos Peter Goedhart, Países Bajos	102
Cuestión de buen gusto Ayeni, Rasheed Abiodun, Nigeria	106
Construimos nuestro hogar alrededor del agua Ratan Budhathoki, Nepal	109
La vida en una inundación Barbara Earth, Tailandia	110
Fotografías	114
Patrocinadores	115
Agradecimientos	116

Prefacio

El agua es esencial para la vida. Sin embargo, muchas personas en el mundo todavía no tienen acceso a instalaciones seguras y adecuadas de agua y saneamiento. No basta con perforar pozos y construir infraestructuras. Tenemos que compartir nuestros conocimientos y experiencias para aprender los unos de los otros, y, de este modo, mejorar nuestra situación. Es la única forma de influir en los resultados.

Una manera de compartir conocimientos y experiencias es a través de relatos. Así como el agua satisface nuestras necesidades físicas, contar y escuchar relatos satisface nuestras necesidades mentales. Cuando éramos pequeños nuestros padres nos contaban cuentos, que nosotros ahora le contamos a nuestros hijos. En esas historias encontramos mucha alegría y consuelo. Pueden convencer a alguien de algo o explicarle cosas. Los cuentos nos ayudan a dar sentido al mundo en que vivimos.

Los cuentos de este libro son sobre el agua y el papel que juega en las vidas de la gente en el mundo entero. Algunos son tristes, otros divertidos, pero todos demuestran que de una u otra forma, el agua es esencial para todos.

Este libro se publica en ocasión del 35 Aniversario del IRC International Water and Sanitation Centre. Decidimos publicar un libro diferente a nuestras publicaciones regulares. A través de contactos personales y de nuestro sitio web solicitamos a nuestros lectores que nos enviaran una anécdota o una experiencia personal con el agua. Algunas nos las contaron durante entrevistas. Deseo expresar mi gratitud a todas las personas que se tomaron el tiempo e hicieron esfuerzos para enviarnos su anécdota. Sin su contribución no habríamos podido publicar este libro.

Dejamos el tema abierto –siempre y cuando se relacionara con el agua– porque queríamos que la gente usara su imaginación. No pedimos informes o estudios de caso complicados. Hay suficientes ejemplos de ello. Pedimos específicamente experiencias, situaciones o anécdotas personales. Queríamos que fuera un libro cuya lectura usted disfrute, aunque no trabaje en ‘el’ sector de agua. Un libro que exprese muchas facetas y muchas caras del agua y que revele las emociones de la gente cuando piensa en el agua.

La publicación de este libro no tendrá impacto directo en el 1.1 billón de personas que no tienen acceso a agua segura. No empero, esperamos que a través de las anécdotas presentadas por personas del Norte podamos propugnar la sensibilización sobre el impacto del agua en la vida humana.

Hemos tratado de encontrar un balance entre los temas y los lugares de origen, pero no hemos podido ser siempre justos con todas las diferentes realidades. Por lo tanto, si usted siente que hemos omitido un dato importante, le rogamos que nos disculpe.

Las historias que recibimos son verdaderamente inspiradoras. Al leerlas muchas me hicieron reír, otras me emocionaron. No importa si usted trabaja en el sector de agua o no, espero que a usted también le inspiren.

¡Qué disfrute!

Sascha de Graaf
Publications Officer, IRC



En promedio, una persona común y corriente en el mundo en desarrollo usa 10 litros de agua al día.

En el Reino Unido una persona usa 135 litros de agua al día.



Lágrimas de alegría

Paul van Vliet, Embajador de Unicef, Países Bajos

Hace algunos años viajé como Embajador de Unicef a Eritrea, en el Cuerno de África. El país estaba destruido después de 30 devastadores años de guerra con Etiopía. Sin embargo, mientras viajaba por el país, siempre encontré optimismo y una fe ciega en el futuro. Vi como hombres, mujeres y niños limpiaban alegremente los escombros de la guerra. Vi a musulmanes y cristianos trabajar hombro a hombro, reconstruyendo sus iglesias y mezquitas. Hay lugares en el mundo donde esto todavía es posible.

De regreso, la compañía aérea Lufthansa me cambió el pasaje a Primera Clase. ¡Seguramente pensaron que era un 'Embajador' de verdad! La aeromoza me preguntó qué deseaba beber.

—Whisky, por favor —le dije.

—¿Qué clase de whisky? ¿Escocés, irlandés o canadiense? ¿Con hielo o sin hielo?

¿En un vaso normal o en un vaso de whisky?— Era demasiado complicado.

—Creo que me tomaré una cerveza —le contesté.

La azafata me preguntó: —Heineken, Carlsberg, Guinness or una cerveza fabricada especialmente para nuestra compañía por los monjes de un monasterio Benedictino?

—Un vaso de agua—, dije entonces.

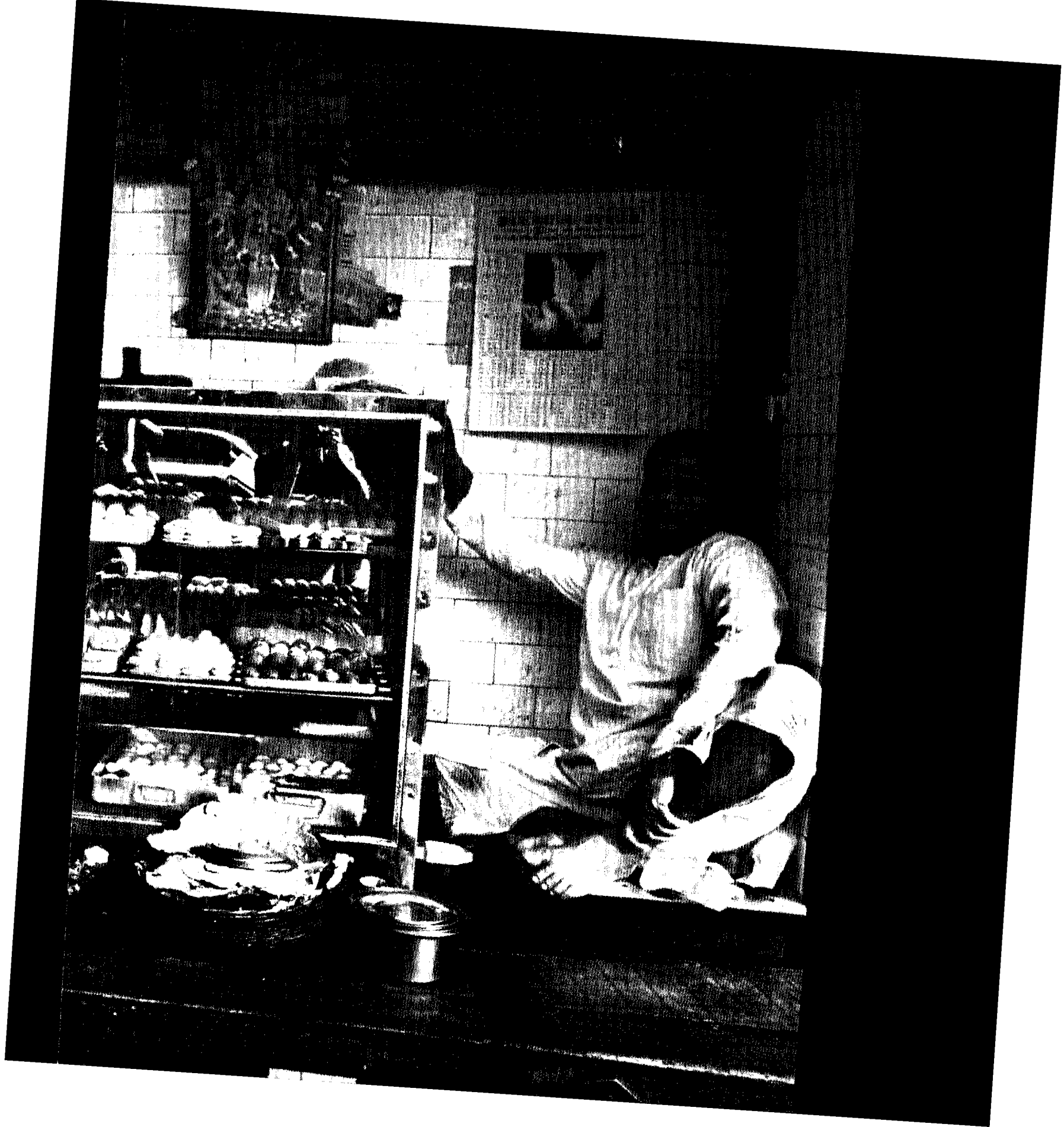
—¿Con gas o sin gas? ¿Sourcy, Evian o Perrier? —preguntó.

Estaba confundido con la selección y le dije a la aeromoza: —Creo que esperaré un momento.

Así que allí estaba yo, **sentado cómodamente en la Primera Clase** de un Boeing 747, rodeado de lujo. Traté de concentrarme en el extenso menú y la extensa selección de platos, pero mis pensamientos estaban con los niños de Eritrea, quienes sólo tenían una elección: sobrevivir.

El último día de mi visita a Eritrea estaba en un desierto polvoriento y árido cerca de la ciudad portuaria de Masawa. Estaba parado al lado de una bomba de agua que había sido instalada por Unicef. Unos 30 niños esperaban su turno para llenar con agua un pequeño balde o un bidón. Bailaban, cantaban y saltaban en el polvoriento claro alrededor de esa bomba de agua, con una alegría y una vitalidad que yo pocas veces había visto. Era un escena tan bella que los ojos se me llenaron de lágrimas y pensé: "La única fuente de agua que nunca se seca son nuestras lágrimas. Por fortuna, también podemos llorar de alegría".





Chapuzón

Beverley Nambozo, Uganda

Le digo 'adiós' a la ola que se va hacia la otra orilla de la Isla Ssesse. Me levanto y me alejo, dejando las huellas de mis pies en la blanca arena revestida de conchas y piedritas. Estoy de espaldas al Lago Victoria. Por las mañanas el lago es azul y por las noches lo ilumina la luna. No quiero regresar a la calurosa carpa. Tampoco quiero entrar en la cocina porque no quiero ayudar a cocinar. Regreso al lago, mi amigo.

La ola regresa a mi encuentro y corro hacia ella. Mis pies se hunden en la arena y mi camisa se infla en el viento. La ola ha regresado a mí. Me meto a las aguas del lago con la ropa puesta. ¡Plaf! —¡Nambozo! Oigo que mi hermana menor me llama. Ella flota alegremente en un bidón mientras lo llena de agua para bañarse. —¡Hola Naka! —le digo de regreso. Siento la cama de agua bajo mi cuerpo y en ese momento desearía ser un pez que nada en un mundo mojado que nunca acaba. Los peces hacen magníficos viajes: de Uganda a Kenya, a Tanzania y a la costa. Luego me acuerdo del pescado frito con cebollas casi quemadas que comemos todas las noches en **la cena y ya no quiero ser pez.**

Veo el sol delante de mí y nado hacia él. Paso nadando cerca de las mujeres y las niñas que lavan la ropa y la tienden a secar en los arbustos; de los niños mayores que le enseñan a nadar a los más pequeños y de los hombres que llevan a las niñas a pasear en sus pequeñas embarcaciones. Me dicen adiós con la mano. Estoy boca arriba y muevo los dedos de los pies en dirección a ellos. Permanezco boca arriba mirando el mundo que hay encima de mí. El sol no se acerca y se esconde detrás de una nube. Nado de regreso a la orilla. —¡Nambozo! Oigo como mi madre me llama para que almuerce. —Vengo mamá.

Mi hermano corre detrás de mí hacia la cocina. Los cinco nos sentamos en sillas de madera bajo la sombra de las palmeras: mi madre, mi hermana menor, mis dos hermanos y yo. Las gotas de agua de nuestros cuerpos mojados caen en la arena. El sol sale de nuevo y seca nuestros cuerpos, convirtiendo en vidrio la sal que se pega a nuestras espaldas.

El almuerzo me hace sentir como que un animal pesado estuviera durmiendo en mi estómago. Lavo los platos, y los restos de la comida y el aceite flotan hacia el estómago del lago. A veces el lago traga tanta basura que tiene que vomitarla. Me levanto muy temprano para ver los animales muertos, los espinazos de peces, los envases sucios y las botellas de cerveza que llegan a la orilla. ¡Pobre lago!

Cuando el sol se pone pareciera que está compitiendo con el tiempo. Muchos extranjeros vienen a ver el atardecer en el Lago Victoria. Hombres blancos muy altos toman fotos y las señoras blancas se ríen cuando el viento les vuela el pelo en la cara. Estas personas pagan mucho dinero para venir a nuestra isla y para que la piel se les ponga roja. Para ellos es diversión ver el atardecer en el lago pero para mí es ver la belleza de la vida. Muy pronto aparecerá la luna. Los hombres jóvenes sacarán a pasear a sus novias por la orilla, a mirar la luna y pedir deseos. Las caderas de las mujeres jóvenes parecen dos animales que juegan tira y afloja.

Recuerdo que un hombre joven llevó a su novia al lago y la ahogó. Recuerdo haber visto su cuerpo inflado al día siguiente pero no recuerdo si arrestaron al hombre. Los padres de la joven lloraron mucho y se fueron de la isla. Ya no quiero pensar más en ello.

El Lago Victoria es mi amigo. Nado. Sueño. Me doy chapuzones.



Microbios desnucados

Silena Vargas, Colombia

En algunas zonas rurales de mi país, la gente cree que el agua que corre por los ríos torrentosos que arrastran muchas piedras es segura para beber. Dicen que las piedras matan los microbios, porque el agua del río las lanza con tanta violencia que aplastan los 'bichos'. Alguien me dijo: —No se preocupe —, cuando los microbios caen al río ¡se desnucan en las piedras!

¡Conozca bien a sus clientes!

Brian Little, Reino Unido

Por la época de la independencia de Tanzania yo era un joven ingeniero hidráulico rural y trabajaba para el gobierno. Hice un recorrido por las zonas más remotas del Distrito de Biharamulo y llegué a una aldea muy aislada, cuya única fuente de agua era un hoyo lodoso, que se usaba tanto para animales como para la gente.

Algunas mujeres se ponían en cuclillas alrededor del hoyo e intentaban sacar el agua menos turbia que se acumulaba en medio del charco, con vasijas atadas a largas varas. Decían que a veces el charco se secaba en la temporada seca y que el agua más próxima era la de un arroyo al que se llegaba caminando en un par de horas. Después de una discusión con lo que parecía eran todas las personas que vivían en la aldea, los aldeanos dijeron que estaban muy interesados en tener un pozo, y que le darían de comer y trabajarían, con cualquiera que les ayudara a construir uno.

Yo mandé a mi equipo de perforación de pozos a la aldea. Poco después, a orillas de la aldea había un pozo bien perforado, forrado de concreto, que suministraba suficiente cantidad de agua limpia. Durante los modestos actos de inauguración hubo alegría y después de una seria discusión sobre cómo había que cuidar del pozo y cómo se podía mantener el agua libre de contaminación, se colgó una cuerda y un balde nuevo en la pared de la casa del líder de la aldea, que quedaba muy cerca del pozo. Nosotros proseguimos nuestro camino, pensando que habíamos realizado una obra bien hecha.

Algunas semanas después visité la aldea y encontré a las mismas mujeres alrededor del aguadero. El pozo estaba cerca. Todavía estaba lleno de agua limpia pero por lo visto no lo habían usado. Las mujeres admitieron que no lo usaban. Les pregunté por qué no lo usaban, y después de un gran silencio una de ellas respondió: "Bueno, lo que pasa es que usted dejó el balde y la cuerda a cargo de la esposa del líder y ella no nos cae bien ..."





Promesas vacías

Enatjenta Melaku, Etiopía

Una aldea de mi país estaba padeciendo una grave situación debido a la falta de agua limpia. Entonces llegó una agencia de agua a la aldea para evaluar la posibilidad de perforar un pozo. La población local estaba muy feliz de que finalmente se hiciera algo para remediar la situación.

Los resultados del informe fueron positivos. Los comunidad ya se hacía ilusiones del suministro constante de agua pura que emanaría del suelo. El equipo comenzó a perforar. La gente seguía con mucho entusiasmo cada paso de las actividades. Después de perforar algunos metros todavía no había agua pero la gente tenía paciencia porque les habían prometido agua. El equipo siguió perforando y la gente esperando. Perforaron y perforaron pero no encontraron agua.

La gente de la comunidad estaba muy decepcionada. Los extranjeros daban la impresión de saber mucho. Hablaban muy confiados sobre sus pozos. La comunidad había esperado tanto tiempo por un pozo y habían estado tan cerca de tenerlo. Tendrían que seguir sufriendo. La decepción se convirtió en tristeza y la tristeza en ira. Al final terminaron por apedrear a los trabajadores y a golpearles con palos y con cualquier cosa que tenían a mano. La policía local tuvo que rescatar al equipo de la ira de los aldeanos.

¿Qué lección aprendimos? Las personas que trabajamos con las agencias de agua no somos magos. No somos dioses que traemos agua a los necesitados. Estamos al servicio de las comunidades y tratamos de ayudar a la gente. Debemos pensar muy bien antes de hablar, para no hacer promesas que no podemos cumplir.

El arte de bañarse

Pamela Lee Ann Stier, Brasil

Mientras miraba por la ventana podía ver cómo se formaban en lo alto oscuros nubarrones. Nos acabábamos de mudar a nuestra propiedad en la ciudad de Contagem, Brasil. Habíamos limpiado la maleza en una pequeña parte del terreno y estábamos construyendo nuestro hogar. En el cuarto que mi esposo había construido con grandes ladrillos grises, yo reflexionaba sobre mi próxima tarea: tomar un baño. No era una tarea fácil.

No teníamos electricidad, ni agua potable, ni baño interior. Sin embargo, yo tenía una posesión muy valorada: un gran balde.

Recogí mis cosas: balde, toalla, jabón y ropa limpia, y me detuve una vez más en el umbral de la puerta para armarme de valor. Cada minuto que pasaba, el cielo se ponía más oscuro y soplaban un viento frío.

Nuestra caseta exterior era muy colorida. El lodo entre los burdos y quebradizos ladrillos grises cambiaba de color cuando se mojaba. Los rojos se mezclaban con los marrones, los negros, los naranjas y los amarillos. Cuando me bañaba, mis ropas, colgadas en un gancho, formaban parte de esta colorida gama.

Antes de bañarnos teníamos que sacar agua del pozo. En los días fríos, yo lanzaba el agua del cacharro que usaba para mojarme, en dirección de mi cuerpo, y luego trataba de esquivarla para que el agua fría no me tocara. Era un proceso muy lento, que además, no me dejaba el cuerpo muy limpio. Yo envidiaba a los niños, quienes se bañaban dentro de la casa, con agua calentada en la estufa.

El sol no estaba muy fuerte, pero cuando entró en la gris caja, le di gracias a Dios por esos tenues rayos. Miré hacia arriba para ver si iba a llover y me desnudé. El viento soplaban fuerte en nuestra parte de la selva. La puerta de la caseta no estaba fija y había que inclinarla contra los ladrillos y sostenerla con el cuerpo para que el viento no se la llevara.

Me moría de frío pero mi ropa colgaba apaciblemente en el gancho. Mi cuerpo se recostaba contra la puerta, ganándole la batalla al viento. Las nubes se volvían cada vez más oscuras pero no llovía. "Hoy", pensé para mis adentros, "yo soy la vencedora".

Busqué el cacharro, y todavía sosteniendo la puerta en su lugar, me di vuelta con cuidado para llenarlo con agua del balde. Me preparé para recibir el chorro de agua fría contra mi piel.

Un momento después me di cuenta que hoy había perdido la batalla del baño... ¡mi balde estaba vacío!





Agua

Alexander, Escuela Primaria de Vanier, Canadá

Hay agua en el sótano de mi casa y sube por las escaleras.

Espero que mi madre haya recordado salvar a mis ositos.

Mi cama está mojada y tendré que dormir afuera,
con miles de avispas y moscas.

Al día siguiente el agua se ha ido, ¡chaíto! ¡chaíto!

Mi cama está seca,

Estoy vivo y me duermo enseguida.



El lápiz contra el balde

Nancy J. Haws, Bolivia

El acarreo de baldes de agua ha sido parte de la vida cotidiana de Isabel desde que tiene cuatro años. Cada mañana agarra de la pequeña mano a su hermanita Luisa, mientras que de la otra muñeca se cuelga dos baldes plásticos. Luego, las niñas descienden el peligroso camino al mundo de abajo. Pasan horas y muchas millas antes de que lleguen al fondo de esta terrible pendiente, donde llenan los baldes a la orilla de las lodosas aguas del río. Agotadas, descansan un rato y comen ávidamente las tortas de choclo que les ha preparado su madre al amanecer. No pueden descansar por mucho tiempo porque la segunda parte del camino, cuesta arriba, dura más tiempo, especialmente con la carga extra del agua de los baldes. Las niñas atraviesan jadeantes el empinado camino ancestral a un aislado pueblo en las cumbres de los Andes bolivianos.

Pero hoy la rutina les tenía reservada una sorpresa: Isabel ha encontrado un lápiz en el suelo. Seguramente lo habrá perdido uno de los pocos niños que tienen la fortuna de ir a la escuela y que dibujan misteriosos signos en los libros con estas varitas mágicas.

Sobrecogida de placer, Isabel tropieza sin querer y derrama el contenido de uno de los baldes de su valiosa carga, el oro líquido con que se bañarían sus hermanos, que saciaría la sed de la familia y que añadiría el ingrediente especial a unas miserables papas para la cena de esa noche. En unos pocos segundos, la tierra seca absorbe la mayoría del líquido.

Demasiado embelesada para importarle, Isabel admira su tesoro y se imagina cómo podrá conservar las imágenes con esta herramienta. Quizá podrá dibujar el contorno de un águila en vuelo que la sigue todas las tardes como un ángel guardián. O tal vez podrá captar la sombra de las cariñosas manos de su padre cuando en las noches le acaricia el pelo. En vez de hacer diseños en el suelo con los pies podrá conservar sus dibujos y los podrá mirar siempre que quiera. Lo mejor de todo es que quizá pueda aprender a escribir su nombre en ese código especial que usan los afortunados que van a la escuela todos los días. Muy contenta, Isabel canta todo el camino de regreso a su casa, mientras Luisa la sigue alegremente.

Cuando las hermanas llegan a la puerta de la choza de barro de la familia, la madre grita horrorizada al descubrir que sólo traen un balde de agua en vez de dos. Isabel le explica lo que ha pasado y sonríe encantada al entregarle a su madre la varita de grafito cubierta en madera. El corazón de Isabel late con fuerza al ver esa pequeña varita de esperanzas que guarda una infinidad de posibilidades.

Furiosa, la madre hace el lápiz añicos y tira las esperanzas rotas de Isabel al suelo. En ese momento Isabel comprende que su vida, igual que la de su madre y la de su abuela antes de ella, se medirá con un balde de agua.

El asno, la tormenta y la lluvia del enemigo

Misheck Kirimi, Kenya

Hace 30 años, cuando apenas era un niño de 12 años, vivía con mi tío en una región semiárida de Kenya. Mi tarea principal era arrear el ganado y asegurar que los animales bebieran agua por lo menos dos veces a la semana. De vez en cuando iba a buscar agua para la familia, ayudado por un viejo asno muy leal llamado Sudu.

Ese año la temporada seca era excepcionalmente larga. Los ríos, las quebradas y los pozos poco profundos se habían secado. Casi no se miraban plantas verdes en ninguna parte y un polvo marrón cubría los amarillentos penachos de grama que los animales comían para sobrevivir. La gente iba cada vez más lejos en busca de agua.

Finalmente ya sólo quedaba una fuente de agua, para uso de la gente y los animales. Esta fuente quedaba a unos diez kilómetros de la casa de mi tío. Cuando había suficiente agua nadie iba porque el agua tenía un sabor desagradable.

Sudu y yo fuimos a buscar agua a esa fuente. Llegamos muy temprano por la mañana, pero tuvimos que esperar turno para llenar nuestros recipientes hasta ya entrada la tarde. Cuando nos pusimos en camino de regreso a casa, con el valioso cargamento a cuestas, noté los tupidos y negros nubarrones que cubrían los cielos del este. El viento soplaba haciendo los árboles bailar. Pronto comenzaron los rayos y los truenos y luego ¡tap, tap, tap! Al fin había llegado la temporada de lluvia. ¡Cómo refrescaba!

Poco después estábamos calados hasta los huesos pero no nos quejábamos del cambio de tiempo. Los ríos comenzarían a crecer, los diques se llenarían y en la casa tendríamos el agua que se recogía en el tanque de hierro de mi tío.

Nos faltaban tres kilómetros por recorrer y llegamos a un valle que hace pocas horas estaba muy seco. Se había convertido en un arroyo de proporciones considerables. El asno contempló el arroyo unos momentos y decidió que no lo cruzaría. Si usted nunca ha tratado de obligar a un asno a que haga algo que no quiere, no tendrá idea de lo terco que pueden ser.

Le grité. Le halé de las orejas. Le imploré que cambiara de parecer. Y hasta le pegué con una varita pero Sudu no se dio por vencido.

Pensé que Sudu quizás cooperaría si no estuviera tan cargado. ¿Cuál era el propósito de transportar las pesadas latas si al llegar a casa encontraríamos suficiente agua de sabor más dulce? Así que bajé las latas y derramé su contenido. Pero aun así Sudu no estaba contento. Seguía rehusando cruzar el arroyo y prefería bordear la orilla de arriba a abajo.

Mi única opción era regresar a casa sin el asno. Pero ¿cómo iba a abandonar a este fiel y útil amigo de la familia en el monte? No sabía qué hacer y echaba chispas contra Sudu, el zopenco asno.

De repente oí que alguien tarareaba una canción conocida. Para mi gran alivio era Mugae, a quien la gente consideraba el loco del pueblo. Era, en realidad, una persona a quien no se le podía temer. Era agradable y era más interesante escucharlo y observarlo a él que a otras personas. Era una figura cómica, como Cantinflas.

Mugae meditó sobre mi apuro y me ofreció una solución práctica. ¡Entre los dos cargaríamos el asno a través del arroyo! Antes de que yo tuviera tiempo para pensarlo, Mugae agarró a Sudu de las patas delanteras y se las echó a sus anchos hombros. Me ordenó que empujara mientras él jalaba. Yo había leído una historieta muy cómica de un loco que cargaba a su asno pero nunca pensé que yo fuera a jugar un papel en ella.

Sudu pataleaba, protestaba y nos salpicaba de lodo y tierra. Pero nosotros lo jalamos y empujamos hasta que estuvo seguro en la otra orilla. Le di gracias a Mugae y él siguió su camino tarareando una canción de victoria.

Mientras descendíamos de las colinas, de camino a casa, noté que las calzadas de tierra seguían estando tan secas como antes. Cuando llegamos ya casi no había ningún indicio de que hubiera llovido. La torrencial lluvia había sido 'la lluvia del enemigo', como la llamaba mi abuela, y no había llegado hasta nuestros parajes.

Era tarde y estábamos agotados. Sudu y yo estábamos muy felices de estar en casa pero la familia no tenía ni una gota de agua que justificara nuestros esfuerzos.



Celebración bajo la lluvia

Peter McIntyre, Reino Unido

Manchester es una ciudad grande y orgullosa, en el norte de Inglaterra. En el pasado era muy conocida por su industria manufacturera y su aspecto sombrío. Hoy día, la sede del Club de Fútbol Manchester United se puede enorgullecer de ser una efervescente ciudad europea, multicultural, famosa por sus fiestas. Pero hay que conocer otro aspecto de Manchester: llueve mucho. Prácticamente llueve la mitad del año. Los habitantes de Manchester son muy susceptibles a este tema, especialmente si lo mencionan los londinenses.

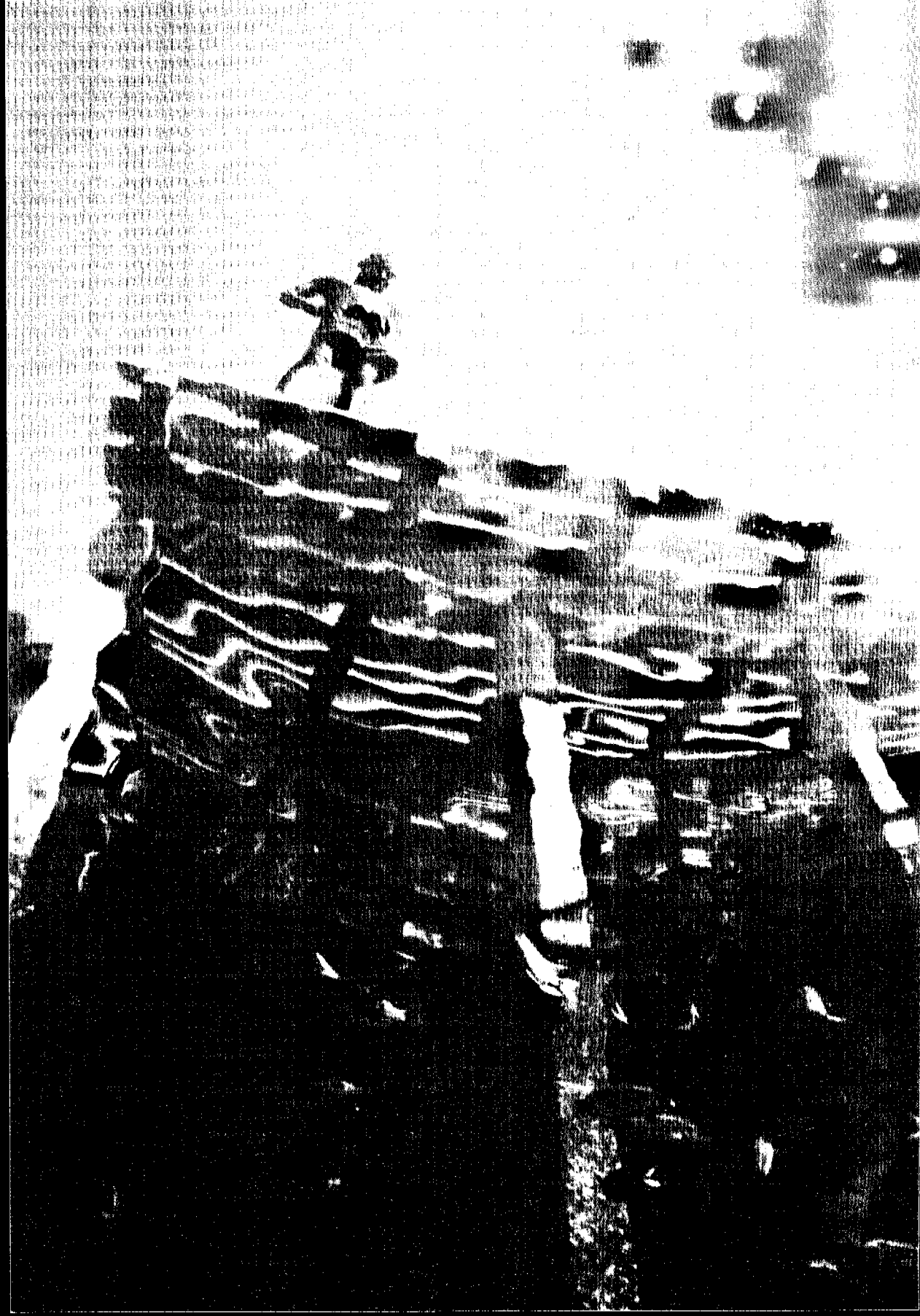
En 1993, Manchester estaba compitiendo para ser la anfitriona de los Juegos Olímpicos de 2000. En julio de ese año, la ciudad le dio la bienvenida al Presidente del Comité Olímpico Internacional, Juan Antonio Samaranch, quien es oriundo de Barcelona, otra ciudad famosa por el fútbol.

Mientras le mostraban lo más destacado que la ciudad podía ofrecer, Samaranch expresaba el entusiasmo apropiado. Sin embargo, era difícil ignorar la persistente lluvia que acompañaba su visita. Eventualmente, durante una rueda de prensa uno de los periodistas abordó el tema. —¿Qué piensa cuando viene a Manchester y ve que está lloviendo?

La memorable respuesta de Juan Antonio Samaranch fue: "Cuando llego a un país y veo que llueve, siempre pienso la suerte que tiene ese país."

Sydney ganó la competencia olímpica para los Juegos de 2000 y montó un gran espectáculo. A Manchester se le recompensó con los Juegos de la Mancomunidad Británica de Naciones, que tuvieron lugar en julio y agosto de 2002. Los 11 días de competencia fueron un éxito rotundo, siendo uno de los juegos más cordiales que se han celebrado en todos los tiempos. La mayor parte de ellos se celebraron bajo un sol esplendoroso. En el momento de la ceremonia de clausura Manchester volvió a la normalidad y los cielos se abrieron para dejar pasar la lluvia.

Su Majestad la Reina Elizabeth, el Primer Ministro y otras personas importantes tuvieron que buscar refugio bajo grandes paraguas, pero los atletas y los 38.000 espectadores no dejaron que la lluvia arruinara la fiesta. Adoptaron el espíritu de Juan Antonio Samaranch y cantaron y bailaron en la lluvia hasta altas horas de la noche.



El mundo de un pez visto a través de mis ojos de niño

Ashish Singh & Nikeeta Singh, India

Cuando tenía tres años mi padre tenía una estanque muy grande para peces en el patio de nuestra casa. Apenas recuerdo que las paredes del estanque eran grises, que eran más altas que yo y que se alzaban como fortalezas en un rincón de nuestro patio. Mis dos hermanas mayores y yo, a quien sólo separaban un par de años entre cada uno de nosotros, pasábamos horas dándole de comer a los peces y observándolos. Nos fascinaba cada movimiento, desde un arranque precipitado, hasta un giro como en cámara lenta. Subíamos los tres escalones construidos al costado de una de las paredes y en el último escalón nos apiñábamos para poder ver mejor. Recuerdo la sensación de la fresca y clara agua, y de los peces de color gris acero, uno de ellos con una raya plateada, en un estanque gris acero.

Un día me incliné demasiado y caí en el estanque. Hacía todo lo posible para alcanzar el borde del estanque pero no podía y no iba a aprender a nadar en esos valiosísimos instantes. ¿Qué puede hacer un niño cuando es demasiado pequeño para tocar el fondo? Azotaba el agua y entre manotadas me hundía, borboteaba y volvía a salir a la superficie.

Mis hermanas estaban al borde de la desesperación. Una comenzó a llorar pero la otra intentó alcanzarme inclinándose lo más posible mientras hacía grandes esfuerzos para agarrarme. Yo comenzaba a debilitarme y estaba hinchándome de agua. Estaba llegando al final de mis esfuerzos por mantenerme a flote. Al hundirme, en lo que podría ser la última vez, traté desesperadamente de alcanzar algo con las manos y encontré la mano de mi salvadora. Mi hermana se aferró a mí y me alzó a la superficie. Con la otra mano me agarré del borde del estanque y mis dos hermanas me subieron.

Mi madre apareció como entre la niebla y luego llegó el médico. Después de un par de horas ya me sentía bien. Este es el roce más cercano con la muerte que he tenido en mi vida y le debo mi existencia a mi hermana.

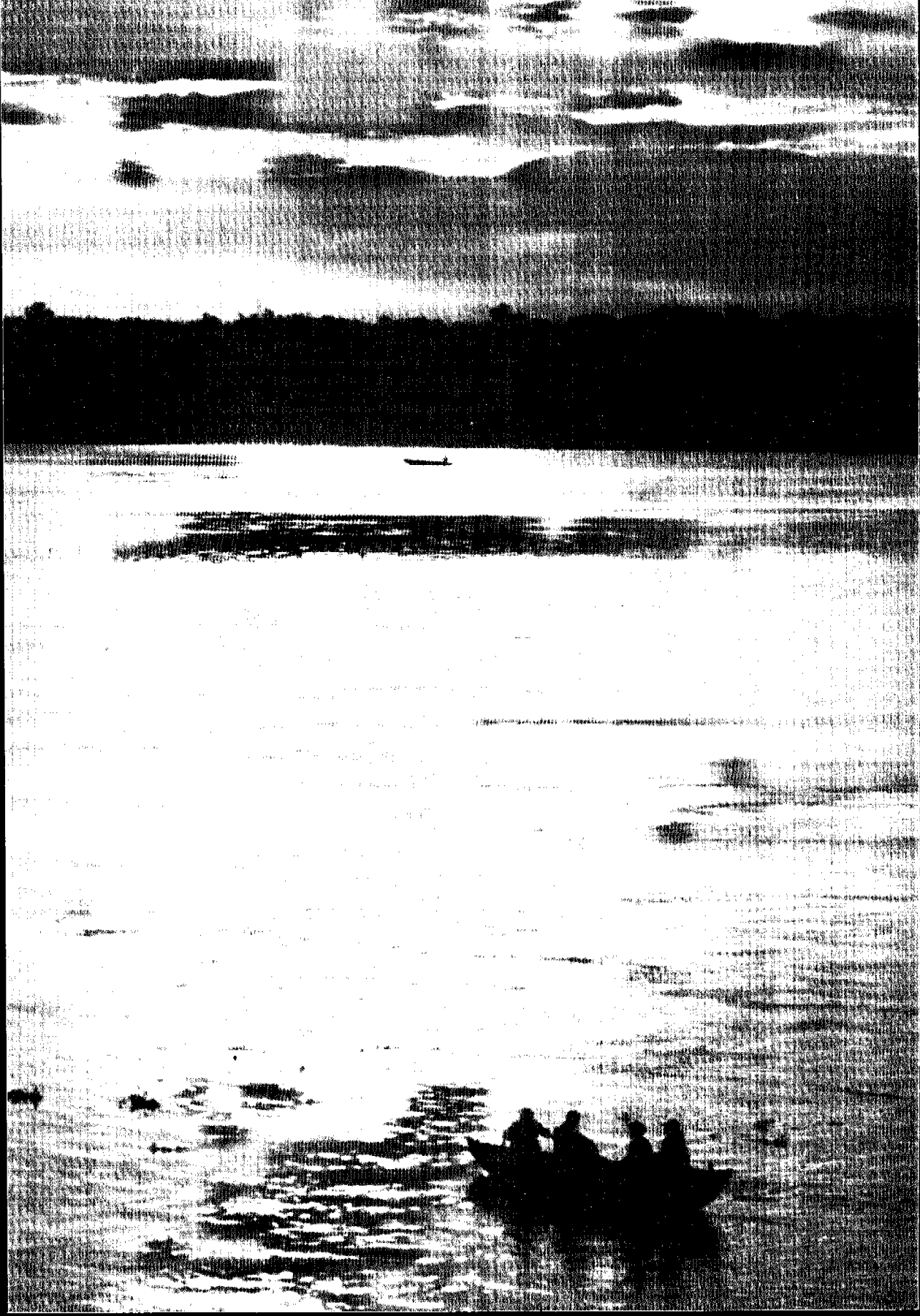
El agua había sido un mundo extraño, uno donde lo único que yo podía hacer era azotar el agua pero sin ningún efecto. Tan pronto salí del agua ésta volvió a ser calma e inofensiva. Quién sabe lo que habrán pensado los peces de mi viaje brutal, de mi mundo al de ellos, creando a mi paso una gran confusión. Poco después, con mucha calma, los peces volvieron a la actividad que mejor hacen: nadar.

Pepito, la Gota de Agua, vive una aventura

Jemi S. Katko (9 años), Finlandia

Un día muy soleado Pepito, la Gota de Agua, se convirtió en vapor. Después volvió a engordar y se unió a otras gotas de agua. A la mañana siguiente se sintió muy pesado y cayó en un pequeño río. El pequeño río lo llevó a un lago. Pepito estaba sucio. De repente lo bombearon a una toma de agua. Allí lo limpiaron y después viajó a través de un tubo a una torre de agua, donde pasó la noche. Por la mañana lo despertó **un extraño masaje**. Un hombre se había lavado las manos. Pepito estaba sucio de nuevo y lo purificaron en una estación de aguas residuales. Pepito, la Gota de Agua, ha vivido todas las experiencias que una gota de agua puede tener.





La gente de Sang padece la tortura de Tántalo

Rashid Pelpuo, Ghana

En la mitología griega, Tántalo, hijo de Zeus y rey de Lidia, mató a su único hijo y se lo sirvió a los dioses en un banquete. Los dioses decidieron castigarlo por esta ofensa. Lo colgaron de un árbol en Tártaro, la morada de los muertos, para que sufriera hambre y sed eterna. Debajo de Tántalo había una charca de agua, pero siempre que Tántalo intentaba beber, la charca se hundía. Así que a pesar de que Tántalo colgaba sobre el agua, siempre tenía sed. De aquí proviene la palabra tortura.

Sang, un pueblo en el Distrito de Yendi, en la región norte de Ghana, tiene el mismo problema, pero no como resultado de una ofensa. El pueblo está 'asentado sobre el agua' y durante la temporada de lluvia todos los hoyos del pueblo se llenan de agua. Su único pozo trabaja constantemente, ya que el día entero alrededor de 2.000 mujeres hacen fila para llenar sus baldes de agua.

Durante la temporada seca, el agua desaparece. Las mujeres y los niños deambulan por los campos en busca de agua, que por lo general, no encuentran. Durante esta estación, el único pozo del pueblo con frecuencia sufre averías.

Cuando usted visita Sang le cuentan la versión local del mito de Tántalo. La gente cree que el pueblo todavía está asentado sobre agua 'que se esconde' de ellos. Le contarán las historias que han oído de sus padres, sobre cómo Sang era un paraíso ácueo, hasta que el agua decidió huir de la creciente población y vivir bajo tierra, y aparecer sólo durante la temporada de lluvia.

La mariposa

Arlex Sánchez Torres, Colombia

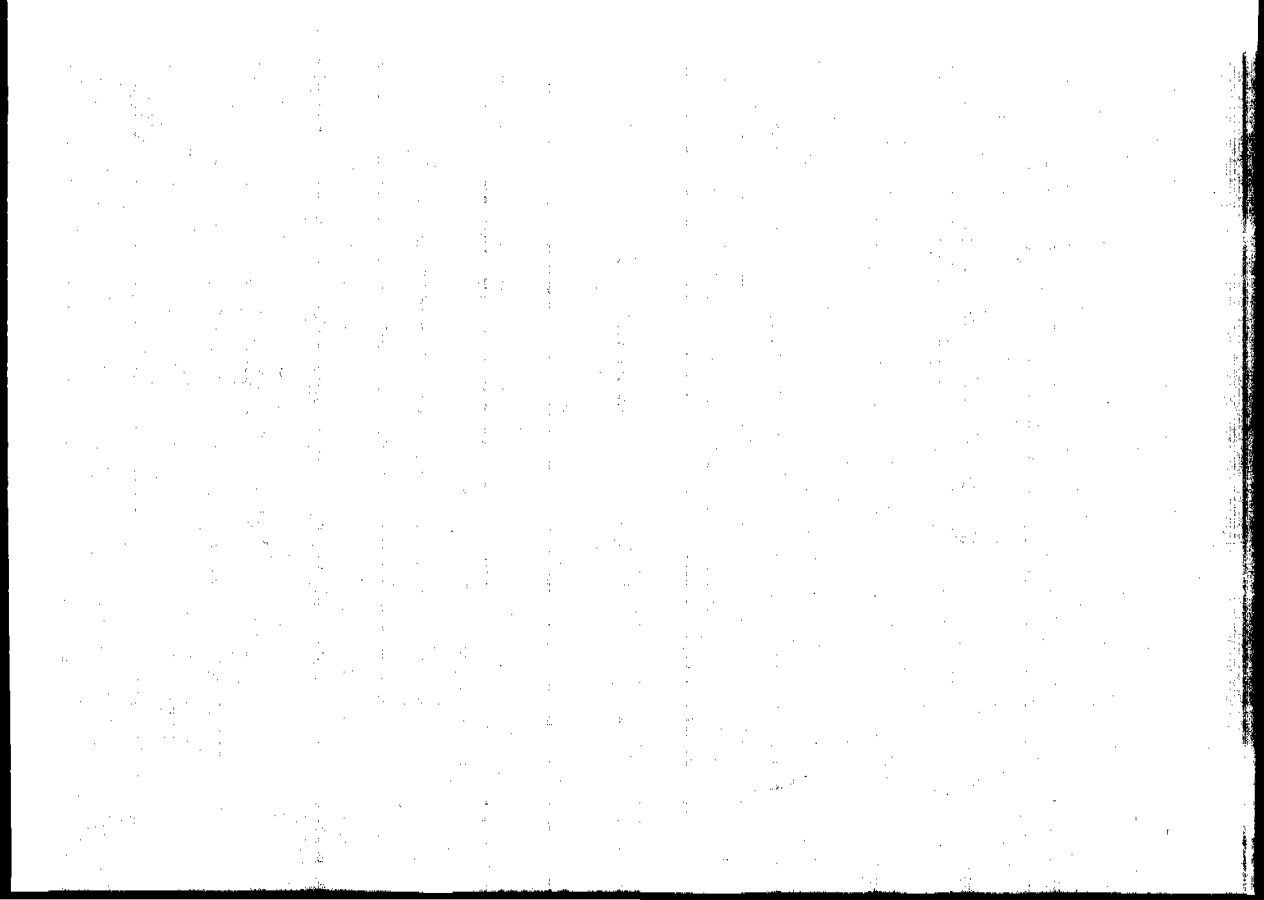
Cuando yo era niño mi familia pasaba los fines de semana y las vacaciones en una cabaña en medio de la selva, para escapar del ritmo agotador de la ciudad de Cali. La cabaña estaba en la selva tropical cerca de Buenaventura, en el Océano Pacífico. Mis primos y mis amigos iban con nosotros y jugábamos juntos en la selva y en el río.

Nuestra cabaña no tenía ni electricidad ni agua potable. Cocinábamos en hogueras que hacíamos con la leña que encontrábamos en la selva. Para bañarnos íbamos al río.

Cada mañana veíamos a una gran mariposa azul volar sobre el río. Nunca sobrevolaba la tierra, sólo el agua. Siempre creímos que, de cierto modo, cuidaba el río.

El agua del río estaba demasiado contaminada y no la podíamos usar para beber. Así que teníamos que ser creativos. Hacíamos un canal usando el tronco de un árbol hendido a la mitad y colocábamos un extremo en un arroyo claro que corría de una ladera cerca de la cabaña. El otro extremo lo colocábamos en la cocina. El agua corría por el tronco desde el arroyo hasta un balde muy grande que había en la cocina. De esta manera teníamos agua para beber.

El agua siempre jugó un papel muy importante en mi vida: ahora trabajo como ingeniero hidráulico.





A veces, cuando me siento

triste o solo le hablo a la mar

Ella nunca me contesta,

pero me hace sentir mejor.



El origen del Amazonas

Una indígena Juruna, Brasil

Los indígenas Juruna vivían cerca de la selva, donde no había río. Un pájaro llamado Jurití era el dueño del agua de beber, la cual conservaba en tres barriles. Un día, los hijos del Jefe Cinaã tenían sed y le pidieron agua a Jurití.

Pero Jurití no quiso darles agua. —Pídansela a su padre —les dijo. Después de todo él es el Pagé, el gran jefe. ¿Porqué no busca agua él mismo para sus propios hijos?

Los niños regresaron a su casa llorando de sed y le contaron a su padre lo que había sucedido. El jefe le dijo a sus hijos: —Nunca vuelvan a ir adonde Jurití. **Los barriles están llenos de peces. Es muy peligroso.**

Pero a los niños les intrigó esta historia y al poco rato se fueron de nuevo. Cuando Jurití no miraba quebraron los barriles para que el agua se derramara. Al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Jurití se enfureció. A los niños les dio miedo y saltaron, pero uno de los hermanos, Rubiatá, no reaccionó a tiempo y uno de los grandes peces que se había escapado de los barriles se lo tragó.

Aunque era un pez grande, las piernas de Rubiatá todavía se asomaban de la boca del pez. Mientras tanto, los niños comenzaron a correr, arrastrando los barriles rotos. El agua que se derramó de los barriles se convirtió en ríos y cascadas, y el gran pez con las dos piernas asomando por la boca se convirtió en el río Xingú.

Los otros dos hermanos siguieron corriendo, derramando a su paso el agua de los barriles. Así fue como se creó el río Amazonas. En ese nuevo río los hermanos encontraron al pez y a Rubiatá, quien ya había muerto. Sin embargo, al cortarle las piernas y soplarles aire, Rubiatá recobró su forma humana. Los niños regresaron a casa después de su aventura y triunfantes le dijeron al padre: —Quebramos los barriles y de ahora en adelante siempre tendremos agua y podremos beberla el resto de nuestras vidas.

Agua mágica

Arturo González, México

En 1997, el huracán Pauline se desató sobre la ciudad de Acapulco, México. El sistema de abastecimiento de agua de la comunidad dejó de funcionar y no había agua potable.

Fui a Acapulco con otros colegas a dar ayuda de emergencia. Llevamos un sistema móvil de tratamiento de agua que por lo general usamos para trabajos de investigación.

El sistema se instaló en un pozo existente y rápidamente se puso en funcionamiento. Como su capacidad era limitada, la gente tenía que hacer fila con sus baldes y otros recipientes.

Un niño de diez años que hacía fila miraba fascinado el proceso de tratamiento. Cuando el sistema convertía el agua de color chocolate que emanaba del pozo, en el agua clara que llenaba los baldes, el niño no se pudo contener y gritó: “¡hijole, es magia!”





La sabiduría del anciano y las termitas

Jean Yves Clavreul, Costa de Marfil

Un equipo de perforación llega a una pequeña aldea cerca de Ouaninou, en la zona oriental de Costa de Marfil. La gente los recibe con fiestas y entusiasmo.

El equipo ha llegado provisto de cálculos y mapas de satélites que les indican exactamente dónde encontrar agua. Los aldeanos, especialmente las mujeres, acuden a ver al equipo trabajar, contentísimos de pensar que tendrán agua limpia todo el año. En la estación seca ya no habrá que caminar día a día a los puntos de agua. Ya no habrá sufrimiento a causa de las lombrices, ni más entierros de gente que se muere antes de tiempo.

Todos dejan sus labores para ver el agua brotar de la tierra, como fuegos artificiales, con sus propios ojos. Los maestros tienen que parar las clases, porque los alumnos abandonan las aulas, para estar presentes en el lugar cuando ocurra el milagro.

Pero el milagro no ocurre en seguida. En el primer hoyo no encuentran nada y los trabajadores cambian de lugar el equipo. Mapas en mano, continúan trabajando en el calor sofocante. Poco a poco los aldeanos dejan el lugar de la obra y reanudan sus actividades cotidianas. A medida que van pasando los días los trabajadores mueven el camión a diferentes puntos. Los datos del satélite indican que hay agua pero la potente perforadora sale seca. Después de casi tres días de intensa labor no hay indicios de agua. En silencio, gota a gota las esperanzas se convierten en desesperación.

Un anciano ha estado observando el trabajo durante tres días. Cada vez que el equipo comienza a trabajar él está allí, sentado en su silla. El anciano admira la tenacidad de los trabajadores y supone que la impresionante tecnología resolverá el problema.

Pero por la tarde del tercer día el anciano ya no se puede contener. Se acerca al encargado, quien ya no se atreve a mirar a los aldeanos a los ojos. El hombre baja la mirada. El anciano le dice: —Admiro su valor. Ustedes están haciendo todo lo posible para darnos agua pero ¿me permite que le dé un consejo? En mi larga vida he observado que la naturaleza nos enseña todo lo que necesitamos saber para sobrevivir en este mundo.

—El agua corre bajo la tierra en pequeños arroyos. No los podemos ver pero existen. Yo he observado que en la temporada seca los montículos de las termitas continúan creciendo. Y las termitas necesitan mucha agua. Ellas buscan el agua en los arroyos que corren debajo de la tierra. Yo sé donde están los montículos en los campos alrededor de la aldea. Yo se los mostraré a usted. Ponga su maquinaria allí y encontrará agua.

A la mañana siguiente colocaron la perforadora en el lugar que el anciano les había indicado. El equipo comenzó a perforar. Al mediodía la aldea tenía agua.



La lluvia siempre es una bendición

Gail L. Fiorini-Jenner, EE.UU.

“La lluvia siempre es una bendición, no importa cuando llegue”. Este es el dicho favorito de mi esposo, quien es agricultor y ganadero. Durante mis 32 años como esposa de un agricultor repito sus palabras siempre que nuestros inquietos hijos se quejan de los largos, húmedos y fríos inviernos o cuando tienen que ayudar a su padre a dar de comer a las vacas, hundidos hasta los tobillos en lodo y estiércol.

Me regocijo con la lluvia, aun cuando destroza mi jardín de verano o mis flores de otoño, o cuando arruina un paseo por la tarde o cuando daña un campo de heno recién segado que parecía tan perfecto.

Me alegré aun cuando una inesperada tormenta de agosto aporreó las camas de coloridas flores que había cultivado con esmero para la boda de nuestra única hija. Al mirar a través de una ventana chorreada por la lluvia, un día antes de la boda, lo que quedaba de los pensamientos, las margaritas y las zinnias suspiré e hice de lado mi decepción.

—Es una buena señal —me recordé seriamente a mí misma. Es la sangre de nuestras vidas, —le susurré a mi hija al oído. Ella asintió con la cabeza, forzando una leve sonrisa. —Quizás podemos pedirle prestadas algunas macetas a los vecinos.

La lluvia es una promesa de que un cambio está por llegar. Si Dios lo quiere, los campos recién sembrados producirán una abundante cosecha. La tabla de agua en el suelo volverá a subir, un seguro contra los meses secos del verano. El ganado tendrá agua de beber y los ríos y arroyos volverán a colmarse de fauna y flora.

Mientras estudia las nubes que se forman en un día de verano, mi esposo nos advierte: “Nunca hay que tomar la lluvia por descontado. La lluvia trae nueva vida”.



Yo propongo que el planeta se llame Agua y no Tierra.

Nicolás Tammarazio (13 años), Argentina

Las apariencias engañan ...

Corine Otte, Países Bajos

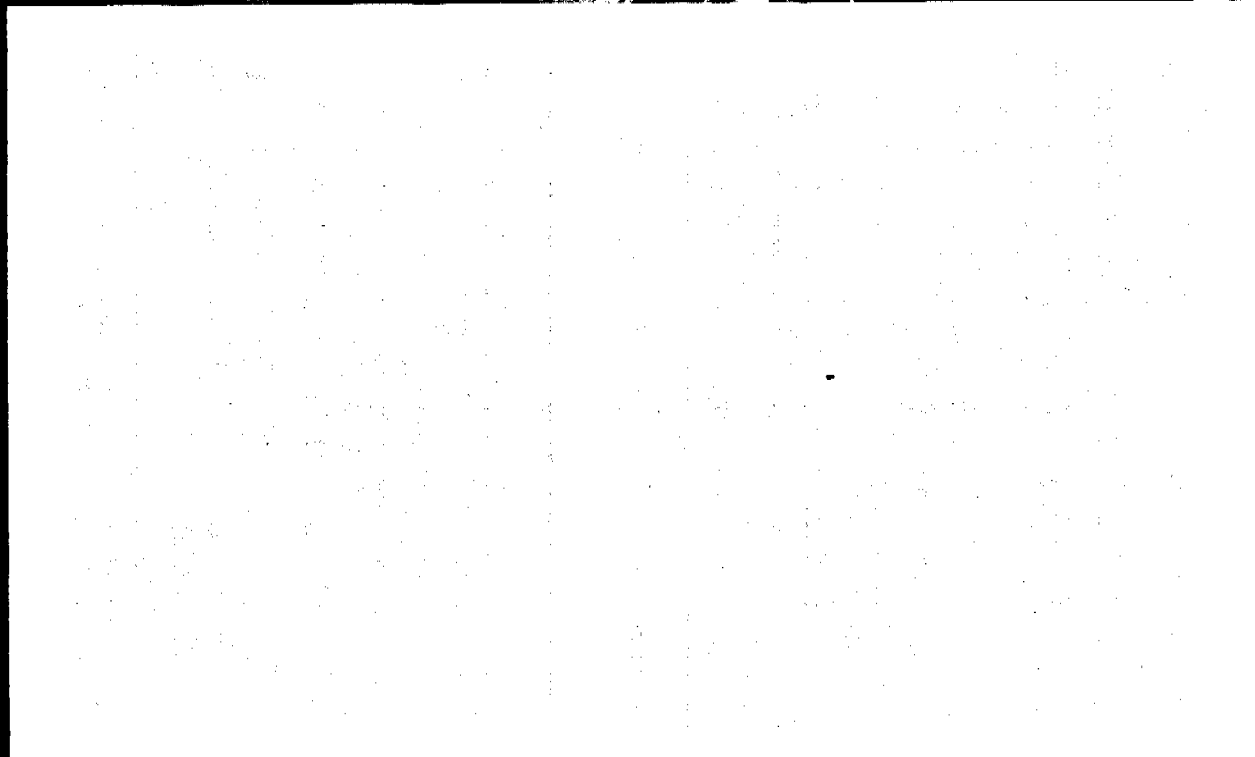
Después de un viaje de 15 horas en autobús, desde Casablanca, a través de los picos nevados del Alto Atlas, llegamos finalmente al valle de Todgha, en el sur de Marruecos, donde yo haría la investigación para mi tesis. Estaba ansiosa por bajarme del autobús. Había leído mucho sobre este lugar y estaba muy entusiasmada. Pero cuando el autobús se alejó, me quedé sola con mi equipaje en plena carretera y el único pensamiento que me vino a la mente fue: "No puede ser ..." El lugar se miraba polvoriento y desolado. ¿Dónde estaban las palmeras datileras y el paisaje de montañas con picos nevados? Este no era el lugar exótico que yo me había imaginado.

Al día siguiente mi supervisor me llevó al lugar donde nace el 'río' Todgha. Para una holandesa como yo, un río es una vía fluvial impresionante, transitada por grandes barcos. En cambio, lo que vi ante mí no era más que un arroyo de unos 20 centímetros de profundidad, que podía usarse como un estanque para que los niños jueguen con sus barquitos. A la tercera parte del camino, bajando al valle, el agua superficial desaparece. A partir de esta zona la gente se abastece de agua de pozo y a través de un antiguo sistema de irrigación muy ingenioso.

Sin embargo, a pesar de su aparente tamaño, el río crea un exuberante verdor en el valle. No podía creer que este pequeño río podía suministrar suficiente agua para las 70.000 personas que viven en el valle. Me causó gran impresión ver la manera en que la gente puede producir tantos cultivos con tan poca agua. Toda la gente usa el agua con mucho cuidado pero todo es verde.

La escasez de agua de la zona es todavía más impresionante porque al otro lado del Alto Atlas el agua es abundante y hasta es causa de inundaciones.

Seis meses después, mientras esperaba el autobús que me llevaría de regreso a Casablanca recordé cuáles habían sido mis primeros pensamientos al llegar a este lugar. Sonreí para mis adentros y me dije a mí misma que nunca hay que confiarse de las apariencias porque pueden engañar.



La doncella y el río

Christopher Moriarty, Irlanda

Muy adentro en el corazón de Irlanda hay un lago en forma de pera en las laderas de la montaña Cuilcagh. Viejos sauces llorones proyectan su sombra en el lago y un arroyo muy claro corre a través de verdes pastos hacia el valle que yace más abajo.

Hace miles de años había un bosque de robles donde ahora pastan las ovejas y sobre las aguas se erguía un espléndido avellano. En un magnífico día de verano paseaba por este bosque una doncella de cabellos color de oro llamada Sinnan. Recogía las exquisitas moras y las hermosas avellanas que encontraba a su paso.

Cuando llegó al lago, contempló su reflejo en las tranquilas aguas, por unos momentos, y luego caminó hacia el gran árbol. Le parecía oír una voz que le decía que no cogiera las nueces de este árbol pero la vivaz doncella no hizo caso y cogió algunas.

Las nueces eran excelentes, grandes y de color marrón, y decidió comerse algunas allí mismo, en vez de esperar hasta llegar a su casa. Mientras quebraba una nuez escuchó un gran trueno. No se lo había imaginado, pero un trueno era algo muy extraño en un día de verano. Pero Sinnan no le tenía miedo a los truenos.

Probó una nuez y era exquisita. Al primer mordisco, de pronto se dio cuenta que este avellano no era un árbol cualquiera. Era el árbol de la sabiduría. Lo sabía porque se había transformado de una simple doncella, bella e inteligente, en una persona que poseía toda la sabiduría del mundo. Y lo que era más, se dio cuenta, demasiado tarde, que ningún mortal que había probado esta fruta prohibida había sobrevivido.

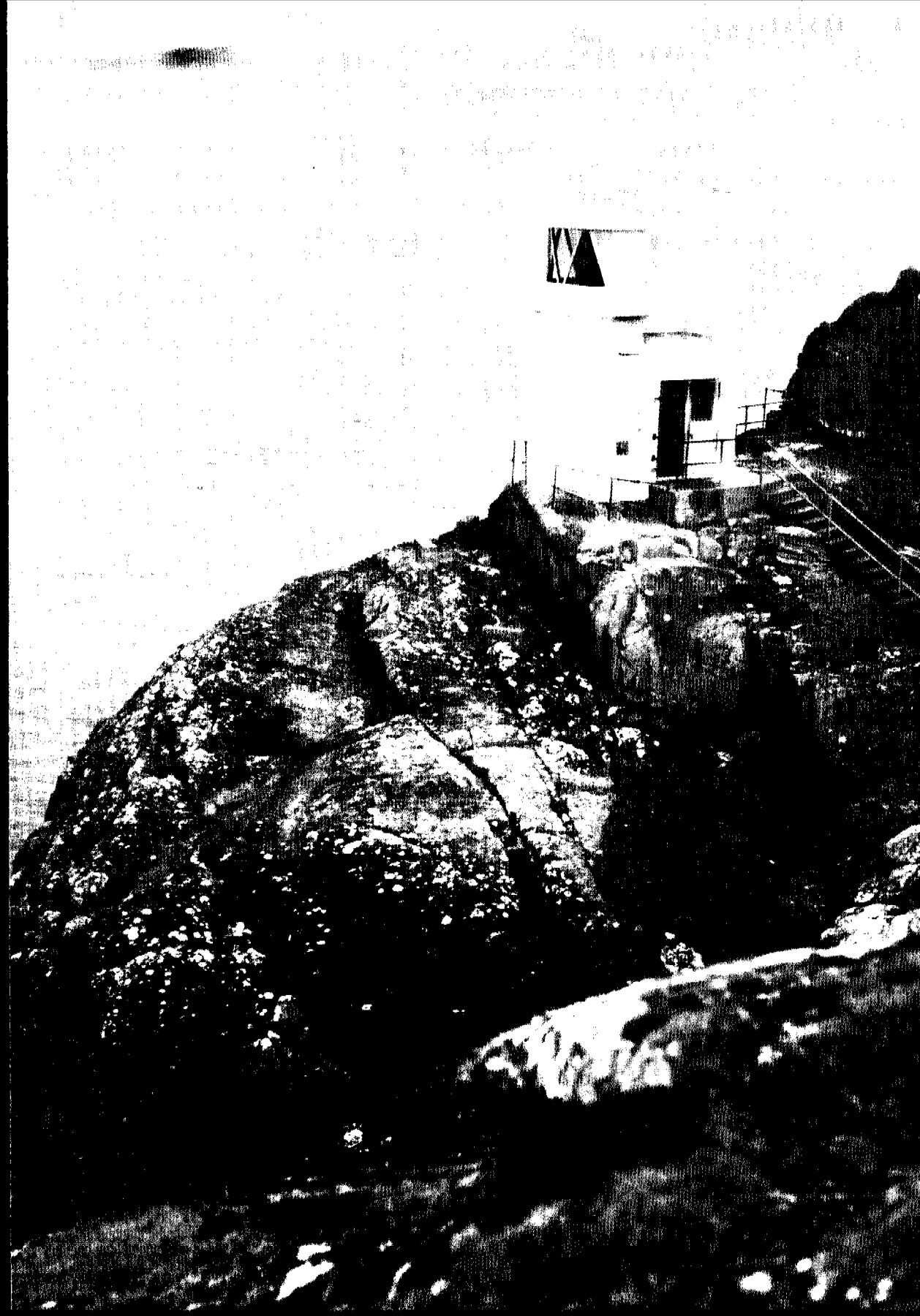
El apacible lago hizo erupción. Salió un gran torrente de agua y abrió una zanja muy profunda a través del bosque, y se llevó a la pobre Sinnan muy, muy lejos.

El agua nunca dejó de correr. Renació en las laderas de las montañas y abrió un canal en el suave suelo, y se extendió lejos y ampliamente, formando grandes lagos siempre que había una barrera de piedras a través de la cual no podía abrirse camino.

Sinnan le pidió ayuda a los dioses, pero los dioses no podían rescatar a un mortal que había violado su santuario. Sinnan pereció en el torrente antes de que el agua llegara al mar.

Conmovidos por su juventud, belleza e inocencia, los dioses dispusieron que Sinnan daría su nombre al torrente que se la llevó, que ahora se conoce como Shannon, el río más grande de Irlanda. Sinnan sigue siendo el espíritu guardián del río, que es bello y vivaz, como lo era ella cuando probó las nueces de la sabiduría hace mucho, mucho tiempo.

El Shannon siempre ha servido muy bien al pueblo irlandés. Ha provisto de salmón, truchas y anguilas a la gente que vive en sus orillas. Durante miles de años ha sido una importante vía fluvial. Los primeros cristianos construyeron sus monasterios al lado de sus aguas. Los vikingos lo usaron como carretera fluvial. Hoy día, la fuerza del río produce electricidad limpia. Es una vía fluvial donde la gente, cansada de las presiones de la vida, se relaja en un remanso de paz de la naturaleza.



Nueva vida para las mujeres del pozo

Lucy Akanboguure, Ghana. Fuente: WaterAid

Hace una década que en Kandiga tenía que levantarme todos los días a las tres de la mañana y caminar cinco kilómetros a buscar agua al río. No regresaba a mi casa antes de las diez, lo que significaba que con frecuencia llegaba tarde a mi trabajo en la escuela local, donde era maestra. A veces mis hijos tenían agua para lavarse y para el desayuno, y otras no. Otras veces salían tarde para la escuela, sin desayunar, porque yo todavía no había regresado.

El acarreo de agua era una tarea que ocupaba la mayor parte del día de las mujeres. La falta de agua algunas veces resultaba en pleitos, violencia conyugal y hasta en divorcios. Durante el trayecto matutino de camino al río, a veces las mujeres sufrían picadas de serpientes o caídas y contusiones. Durante la época de sequía, de noviembre a marzo, surgían muchos pleitos a consecuencia del agua y cundía la diarrea, la disentería, las lombrices y el cólera. Muchos niños sufrían grave desnutrición.

Muy pocas niñas iban a la escuela porque se suponía que tenían que ayudar en la casa. En muchas comunidades pobres, por cada treinta hombres sólo una mujer recibe educación. Yo era la única maestra mujer en mi escuela.

En 1994 supe del trabajo que realizaba WaterAid en Ghana. Organicé a nuestra comunidad y solicitamos ayuda. Después de varias reuniones, en 1995 se aprobó un proyecto y se construyeron los dos primeros pozos. La comunidad aportó la mano de obra, contribuyó con fondos y compró las bombas de mano. WaterAid suministró la mano de obra experta y los materiales, y su organización socia, Rural Aid, monitoreó el proyecto, dio apoyo y diseñó los pozos.

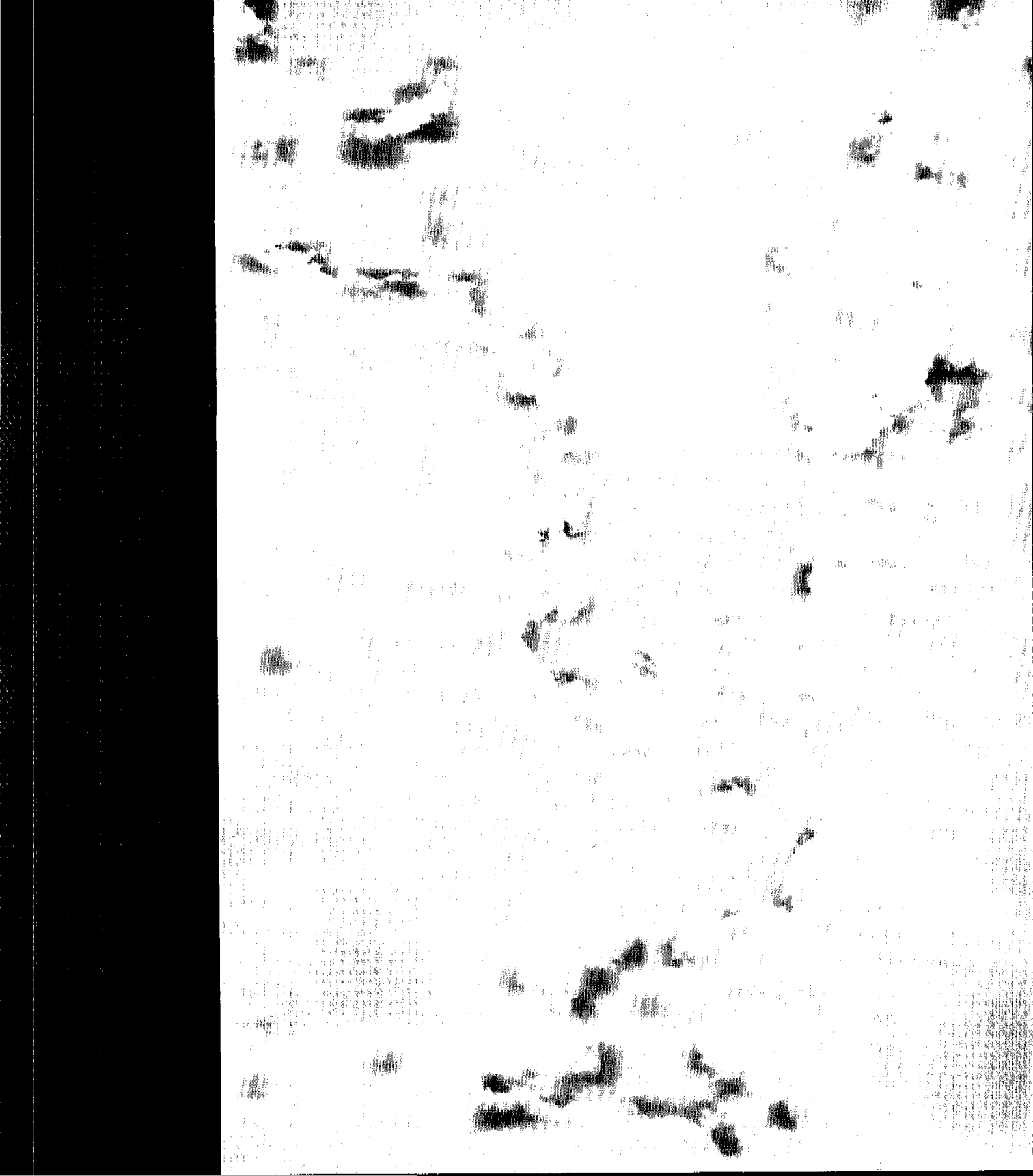
La comunidad se encarga del mantenimiento y gestión de las bombas, usando los fondos que aportamos mensualmente para las reparaciones.

El primer día que las bombas se pusieron en operación me desperté a las seis, angustiada porque ya era muy tarde para ir a buscar agua al río. Luego caí en cuenta que mis entusiasmados hijos se habían despertado más temprano que yo, y ya habían llenado los cántaros con agua limpia y segura, y estaban preparando el desayuno.

Desde entonces, en la comunidad la vida es más tranquila. Los hombres y los niños, al igual que las mujeres, buscan agua para todas sus necesidades y en la escuela la matrícula de niños y niñas ha aumentado notablemente. Nuestra escuela primaria cuenta con personal completo, ya que los maestros aceptan trabajos en lugares donde hay agua cercana.

Las vidas de las mujeres han mejorado mucho. Ahora tienen más tiempo para cuidar a su familia y para ganar dinero tejiendo o en la agricultura. Las mujeres están más involucradas en los procesos de toma de decisiones y pueden asumir papeles de liderazgo, algo que antes era inconcebible. Ahora se considera a las mujeres como iguales. Las comunidades gestionan los recursos locales y medioambientales, lo cual a su vez ha resultado en mejores condiciones de vida y mejor salud.

Estoy muy contenta de tener agua cerca de mi casa 24 horas al día y saber que mis hijos están protegidos de enfermedades causadas por el agua. Una vez que tuve acceso a inodoros, el valor de mi vida aumentó.



El sapo se da cuenta de la
importancia del agua sólo
cuando el sol le quema el lomo.

Servicio de agua bendita a domicilio

Mary Cahill Kurpiewski, EE.UU.

Para mi estricta familia católica, la semana anterior a la Semana Santa era una época muy especial, en la que se ayunaba, se guardaba abstinencia y se rezaba mucho. El Sábado Santo, un día antes de la Resurrección de Jesús, era costumbre bendecir cada cuarto de nuestro hogar con agua bendita traída de la iglesia.

Yo iba a la iglesia con mi hermano mayor o con mis tías a llenar tarros con agua bendita. Mi madre la usaba para bendecir la casa y todos teníamos que rezar una oración.

Mi hermano Tommy se ganaba unos 25 centavos aquí y allá, por traerle agua bendita de la iglesia a mi madre y a los vecinos. Cuando cumplió 17 años sintió que ya era demasiado grande para este trabajo, así que a la edad de nueve años yo me encargué de seguir con la tradición.

Las dos Pascuas siguientes halé a la iglesia el carrito Red Flyer, que mi hermano nunca había usado, repleto de los tintineantes tarros vacíos de mayonesa y de mantequilla de maní que me habían dado los vecinos. Los llenaba y con mucho cuidado repartía el contenido bendito, embolsándome en el proceso algunas 'donaciones' que me hacía la gente.

El tercer año pensé que podía convertir la tradición en negocio y me asocié con mi amiga Dorothy. Recogimos muchos tarros, más del doble de los que había recogido desde mi primer año. Pero la milla que teníamos que caminar comenzó a hacerse muy pesada, especialmente porque tenía la suela del zapato floja y me batía al caminar.

El sábado siguiente halé el carrito lleno de tarros hasta el callejón de mi casa y para gran asombro de Dorothy, quien miraba horrorizada lo que yo estaba por hacer, comencé a llenarlos con agua de manguera. Le expliqué que seguramente Dios de todas maneras bendeciría el agua y que nosotros echaríamos unas monedas extras en la limosna. Ella vaciló pero sabía que no tenía sentido alegar conmigo.

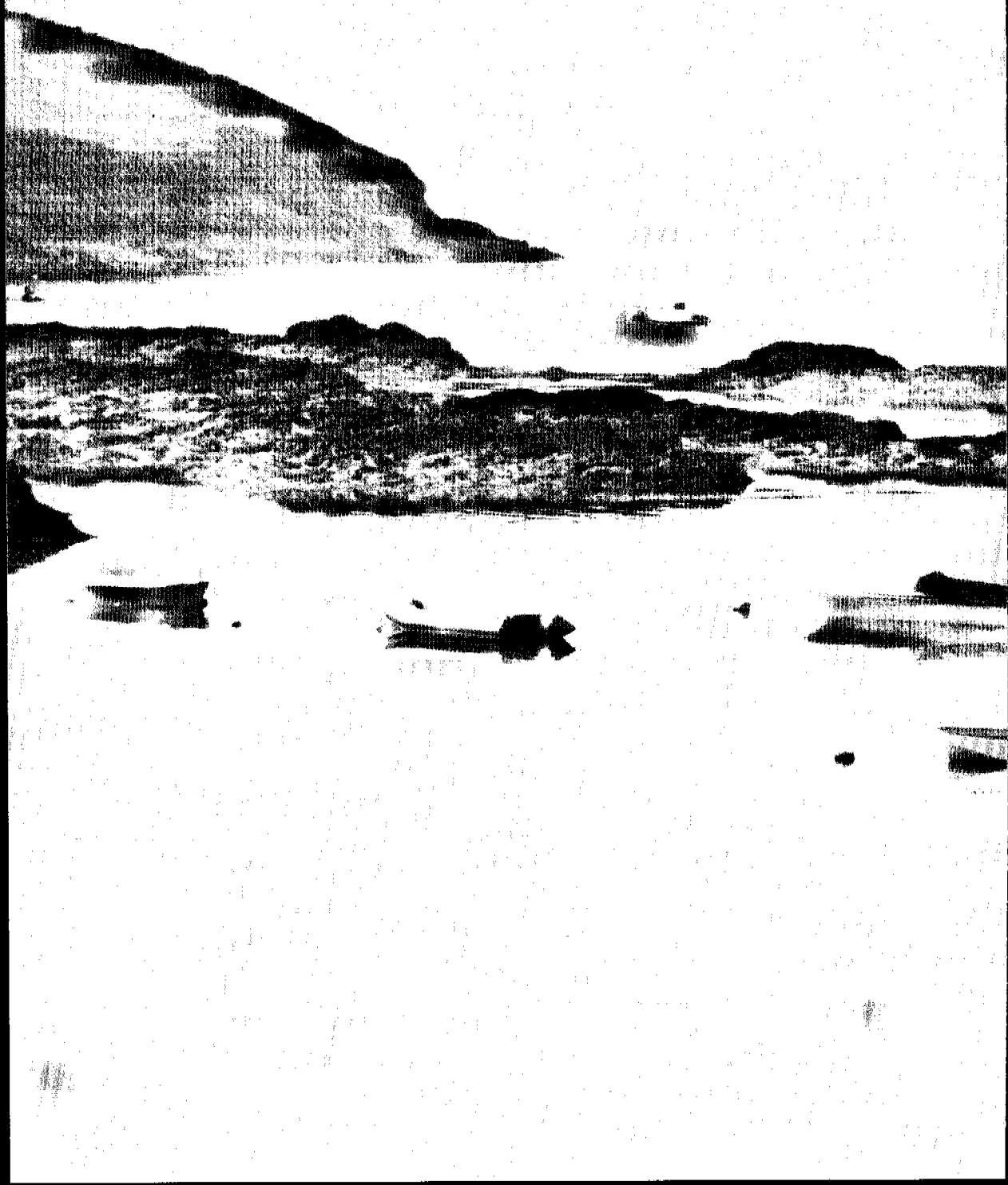
Entregamos el pedido de agua 'impura' y nos retiramos a dividir las ganancias, 70-30 a mi favor.

Mi socia, llena de remordimiento, confesó. Mi pobre madre, muy mortificada por mi proceder, me llevó adonde el cura.

El Monseñor le dijo a mi madre que no tenía por qué preocuparse. El diría una oración bendiciendo a todas las familias que habían recibido el agua y ella no tendría que confesar las fechorías de su delincuente hija.

A mí el severo cura me dio una mirada intimidante. No me gustaba nada tener que enfrentarme a ese hombre. Al final me preguntó: —Bueno María Bernadette ¿aprendiste una lección?

No dije nada y me fui en silencio. Reflexioné sobre la amarga lección de mi empresa. De lo más hondo de mi experiencia de empresaria de 11 años llegué a la conclusión que la verdadera lección era: ¡Nunca tengas socios.!





Un acontecimiento anual

Rosalie Castro, Filipinas

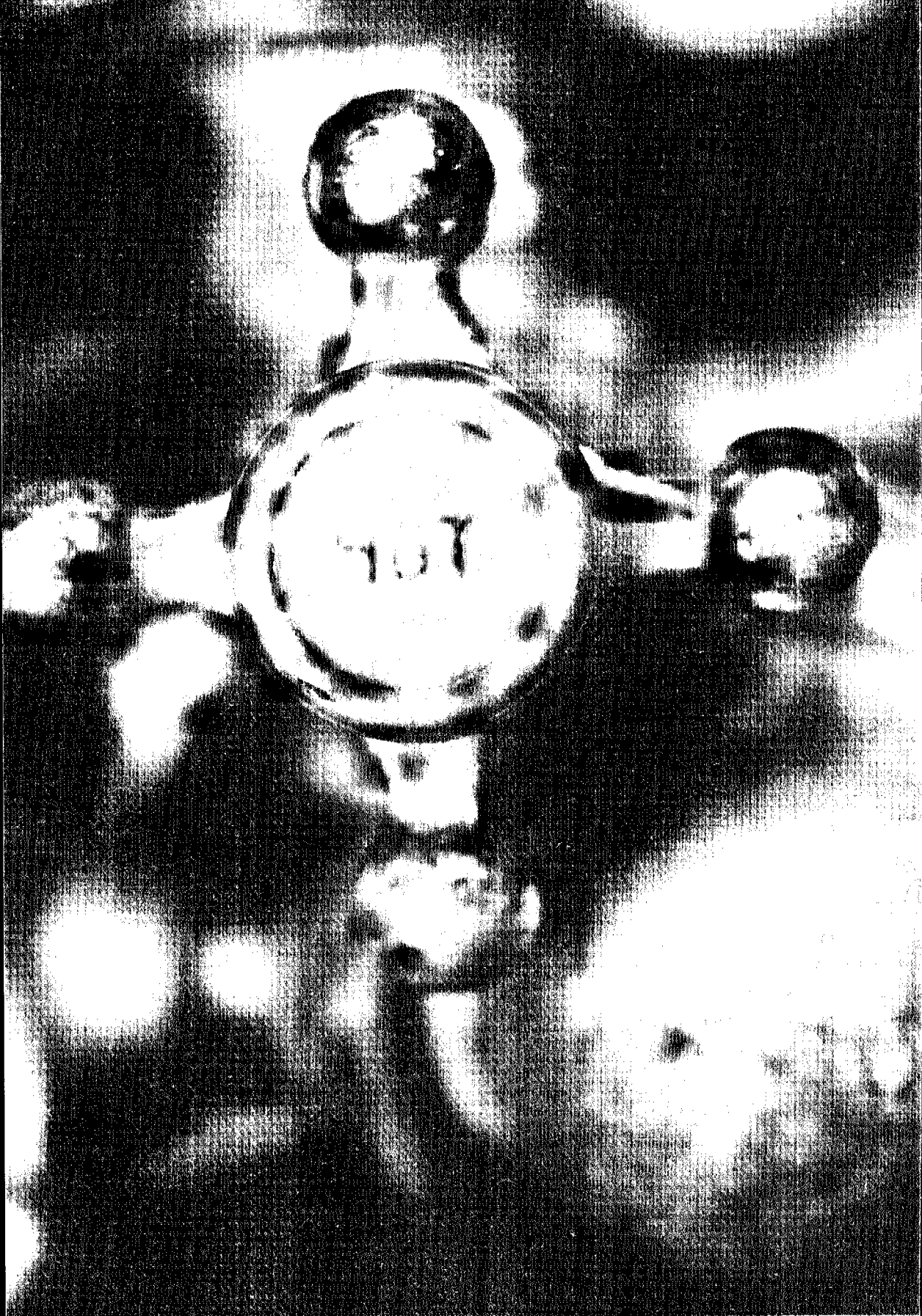
San Luis Agusan del Sur es una pequeña aldea en las Filipinas, muy cercana a un río. Todos los años el río se inunda y arruina nuestros arrozales y maizales. Recuerdo que en mi niñez, cuando el río llegaba hasta el patio de la casa nos apresurábamos a cargar nuestras cosas en una lancha y nos íbamos a la casa de mi tía, que quedaba un poco más arriba que la nuestra. Yo usaba un bidón de agua como flotador. Así aprendí a nadar: agarrada del bidón, chapaleando con los pies.

De pequeña me parecía emocionante aprender a nadar y a cargar todas nuestras pertenencias en una barca. Ahora que soy mayor comprendo que para mis padres esta situación es muy difícil. Cada año tienen que alejarse del río y regresar a su casa hasta que han pasado las inundaciones.

Durante las inundaciones mis padres no pueden ganar dinero y para sobrevivir dependen de las donaciones de arroz que distribuyen los políticos. No pueden abandonar la zona porque todos los servicios, tales como los pozos, están cerca del río, y en las laderas la tierra no es adecuada para la agricultura. Además, esta es la zona donde crecieron y sería muy duro para ellos tener que separarse de sus familiares y amigos.

Actualmente estoy en Holanda en un programa de intercambio. En esta época las inundaciones van a afectar a la aldea de nuevo. Espero que mis padres estén bien.





La llave prohibida

Corina van der Koppel, Países Bajos

Viajé a la India desde los Países Bajos para trabajar en un proyecto. Los primeros días me alojé en una casa de huéspedes, una cabaña compuesta de una pequeña sala de estar, un dormitorio y un cuarto de baño, con un hoyo en el suelo y un lavabo. Al llegar me recomendaron con insistencia que no tomara agua de la llave. Al principio seguí el consejo pero después de unos días de no beber más que la insípida agua de botella, me comenzó a atraer cada vez más la llave 'prohibida' y su agua de apariencia segura.

Al principio comencé tragándome de vez en cuando un sorbo de agua mientras me duchaba, **sin que me sentara mal**. En mi arrogancia me dije a mí misma que tenía una buena constitución y que de tanto en tanto podía beberme un trago de agua sin temor a enfermarme. Entonces bebí grandes sorbos de agua de la llave.

Pocas horas después, mi cuerpo comenzó a protestar y empecé a vomitar. No entraré en detalles pero pronto llegué a conocer muy bien el cuarto de baño. Pasé horas en él, en una posición que me permitiera tener al alcance tanto el inodoro como el lavabo.

Después de que mi cuerpo se había desecho de las bacterias indeseables, me pareció que era buena idea que en adelante me limitara al agua de botella. Por lo general no soy una persona que cree todo lo que le dicen, pero en algunos casos es mejor confiar en los consejos que nos dan.



La distancia promedio que recorren las mujeres africanas o las asiáticas para buscar agua es de seis kilómetros.

Fuente: WaterAid

Pozos rojos y pozos verdes

M.I. Zuberi, Bangladesh

Shahida era una muchacha de aldea, de sonrisa dulce y ojos brillantes, igual que millones de otras muchachas en Bangladesh. En Sharisabari, en la zona central de Bangladesh, la muchacha se preparaba para tomar los exámenes finales en la escuela local. Shahida tenía esperanzas de que algún día sería maestra y podría pagarle los estudios a sus tres hermanas menores. Entretanto trabajaba para ayudar a su madre enferma y a sus hermanas.

El padre de Shahida había sido guerrillero en la Guerra de Independencia y trabajaba en la fábrica de yute local. Pero luego los miembros de la familia comenzaron a enfermar sin razón aparente. El padre de Shahida no tenía energías para trabajar. La madre se debilitó tanto que no podía preparar las comidas. Con frecuencia, **Shahida sufría de dolor de cabeza, náuseas y malestar estomacal.** La muchacha dejó de ir a la escuela. Hasta las niñas pequeñas dejaron de jugar. A otras familias de la aldea también les sucedía lo mismo. ¿Era acaso una maldición del cielo? El centro de salud local no sabía que decir.

Durante dos largos años la familia de Shahida siguió padeciendo. Su padre perdió el trabajo y Shahida tuvo que abandonar sus estudios y sus sueños. Tuvieron que hipotecar su pequeño lote de tierra para poder comer. Una mañana, el padre de Shahida se notó pequeñas verrugas en las palmas de la mano y en los dedos de los pies. El dolor insoportable y las ampollas lo obligaron a ir al hospital de la ciudad con su vecino. Un especialista de piel los examinó a ambos y les dijo que tenía otros pacientes con los mismos síntomas. Les dijo que la causa de su enfermedad era el arsénico en el pozo entubado que se había instalado en la aldea para reponer el pozo superficial. Les dio pomadas y vitaminas, y les dijo que no bebieran agua del pozo.

Los dos hombres regresaron a sus hogares, enfermos y cansados, y sin dinero. La noticia de que el pozo era el causante de sus padecimientos impresionó a la gente del pueblo. No tenían otra fuente de agua ya que todos los pozos tradicionales habían sido destruidos.

De repente la aldea se convirtió en un foco de interés. Llegaban muchos visitantes en automóviles y en camperos. Algunos tomaban fotos de las palmas de la mano y de los dedos de los pies de los aldeanos y otros recogían muestras de agua del pozo.

—No beban agua —les decían, pero no les ofrecían soluciones.

Alguien del Departamento de Salud pintó los tubos de color rojo y les dijo: —No beban de estos tubos, usen sólo los de color verde. Pero el pozo de la aldea no tenía tubos verdes.

El padre de Shahida falleció algunos meses después, dejando a su familia enferma y desamparada, sin nada que comer y con agua contaminada con arsénico para beber.

Más tarde la ONG IDE le donó al pueblo diez filtros para remover el arsénico. Con ayuda de los profesores y estudiantes de la Universidad de Rajshahi, ahora la aldea de Shahida tiene agua libre de arsénico. Shahida recibe ayuda para que pueda asistir a la escuela.

Shahida sobrevivió la tragedia y puede contar su historia. Pero esta es la misma historia de otros miles de familias, en cientos de aldeas en todo Bangladesh y en otras partes del Sudeste de Asia. Los tubos entubados se instalaron para suministrarle a la aldea agua limpia pero ésto les trajo enfermedades y la muerte. Igual que Shahida, millones de personas esperan ayuda y apoyo. ¿Tendrán algún día acceso a agua segura?



Globo de agua, globo de agua

Globo de agua

Globo de agua

¿Por que te rompiste tan pronto?

Cuando te caíste ¡pum!

Hiciste pum pum

globo de agua, globo de agua

Seguir nadando

Nancy Moffett, EE.UU.

Recuerdo cómo me bajaban a la azulada inmensidad de la piscina de la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), el fuerte olor a cloro y las voces que resonaban de las paredes del húmedo y fresco recinto. Una mujer extendió los brazos para agarrarme, mientras mis piernas desaparecían en el líquido.

Yo nunca había visto una piscina. Las únicas aguas que conocía eran las de los lodosos arroyos y la de un lago artificial. Quizás fue en ese lago donde a la edad de seis años contagió el virus que me enfermó, de tal forma, que el médico pidió una ambulancia para que me llevarán rápidamente al hospital y me hicieran una punción lumbar.

En 1950 me dio poliomielitis, tres años antes de que la vacuna Salk acabara con una de las enfermedades más contagiosas y destructivas del mundo.

Durante muchos días permanecí en cama con un letrero de 'cuarentena' en la puerta, atendida por doctores y enfermeras con mascarillas. Recuerdo el olor a algodón húmedo, cuando las enfermeras me envolvían las piernas en compresas húmedas muy calientes. La hermana Kenney, una enfermera australiana, introdujo este tratamiento después de ver a los aborígenes australianos **tratar la polio con calor húmedo**. Ella también recomendaba fisioterapia intensiva después de que desapareciera la infección.

Cuando regresé a casa comencé las incontables horas de levantamiento de piernas para reconstruir mis músculos. En la YMCA, una fisioterapeuta me movía las piernas en el agradable líquido. Me encantaban las sesiones en la piscina porque en el agua los ejercicios eran menos dolorosos.

Algunos meses después di mis primeros pasos. Un año después de haber contagiado la polio podía caminar y saltar de camino a la escuela, igual que antes de la enfermedad. Nunca miré hacia atrás. Para mí la polio había sido una pesadilla. Lo único que quería era ser igual que mis amigos.

Pero el recuerdo agradable de aquellas sesiones en el agua permaneció siempre conmigo. Me encantaba chapalear en el arroyo que había cerca de la casa de un amigo. En las colonias de verano saltaba ansiosamente a la piscina. Nadaba y me zambullía con entusiasmo y en las guías scouts obtuve todas las insignias de natación. Cuando tenía 13 años pasé el entrenamiento de socorrismo para jóvenes. Como joven madre llevaba a nadar a mis hijas a un lago alimentado por un manantial. Cada verano me alegraba al pensar en mi primer zambullida en sus frías aguas.

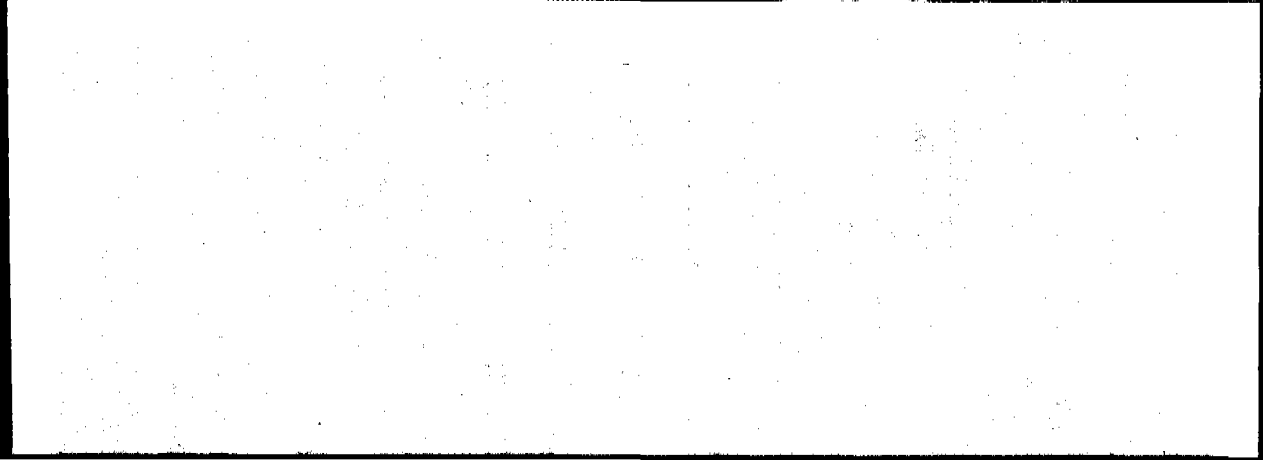
Cuando entré en los cuarenta, la enfermedad que yo hacía mucho tiempo había olvidado, comenzó a reaparecer, paulatinamente, en mi vida. Después de un largo día de trabajo los músculos me temblaban. Luego siguió el dolor de piernas. Tenía rachas de fatiga. Leí un artículo sobre el 'síndrome post-polio' (SPP). ¿Era posible que me hubiera regresado la olvidada enfermedad? Los análisis en una clínica post-polio revelaron la pérdida de músculos y de nervios.

Desde que el médico me diagnóstico SPP hace 14 años he tenido que adaptarme a un cuerpo que cada vez puede hacer menos.

Pero hay un lugar dónde siempre encuentro alivio. Cuando me meto a la piscina de mi gimnasio, el agua me da la bienvenida, igual que hace muchos años. El dolor desaparece. Uso los brazos para moverme en el agua lo suficientemente rápido para elevar el ritmo del corazón. Nado estilo libre y de pecho, y me sumerjo en un lugar donde de nuevo me siento completa.

La piscina es mi salvación. La natación me ofrece un lugar donde me rejuvenezco, mental y físicamente, y de allí emergo a enfrentarme con cualquier nuevo desafío que la SPP ponga en mi camino. Después de nadar, el agua caliente y burbujeante de la piscina de hidromasaje calma mis nervios y mis dolientes músculos. Mientras pueda nadar, sé que podré seguir moviéndome a través del viaje por la vida.







Mezcla de emociones

Silena Vargas, Colombia

En el Valle de Cauca estaba por reponerse el viejo sistema de abastecimiento de agua por uno nuevo. Esto implicaba que había que dismantelar el sistema viejo, ya que sino, la mala calidad de agua de este sistema se mezclaría con el agua limpia del nuevo, creando un riesgo para la salud.

Lo discutimos durante un taller y la comunidad, en especial su líder, quien había construido el viejo sistema de agua, protestó fuertemente contra la pérdida. La discusión se acaloró y yo estaba preocupada. Tenía miedo que todo lo que habíamos conseguido hasta ahora corría peligro de malograrse. Tenía que pensar en una manera de convencer al líder de que no había que mezclar el agua de los dos sistemas. Mientras los miembros de la comunidad discutían en grupo, fui a buscar al líder y lo invité a que tomáramos algo juntos. Él se sorprendió mucho porque me consideraba el enemigo.

De camino a la tienda le pedí discretamente a un niño que estaba en el taller que fuera rápido al río y me trajera agua. Al llegar ordené una botella de agua y dos vasos. Llené a medias el vaso del líder con el agua de botella. Después le agregué una pequeña cantidad de agua de río y se la ofrecí para que bebiera.

El líder me miró como si me hubiera vuelto loca. —¿Usted espera que yo me beba esto? —me dijo asombrado e indignado. Entonces vi cómo algo cambiaba en su mirada. Me miró y sonrió, y dijo: —Esto es lo que usted me ha estado tratando de decir sobre el viejo sistema de agua. Bebimos agua limpia en otros vasos y nos hicimos amigos. El líder de la comunidad regresó adonde su gente y pudimos terminar el proyecto sin ninguna dificultad.

El río es quien me invita a regresar

Pratima Singh, India

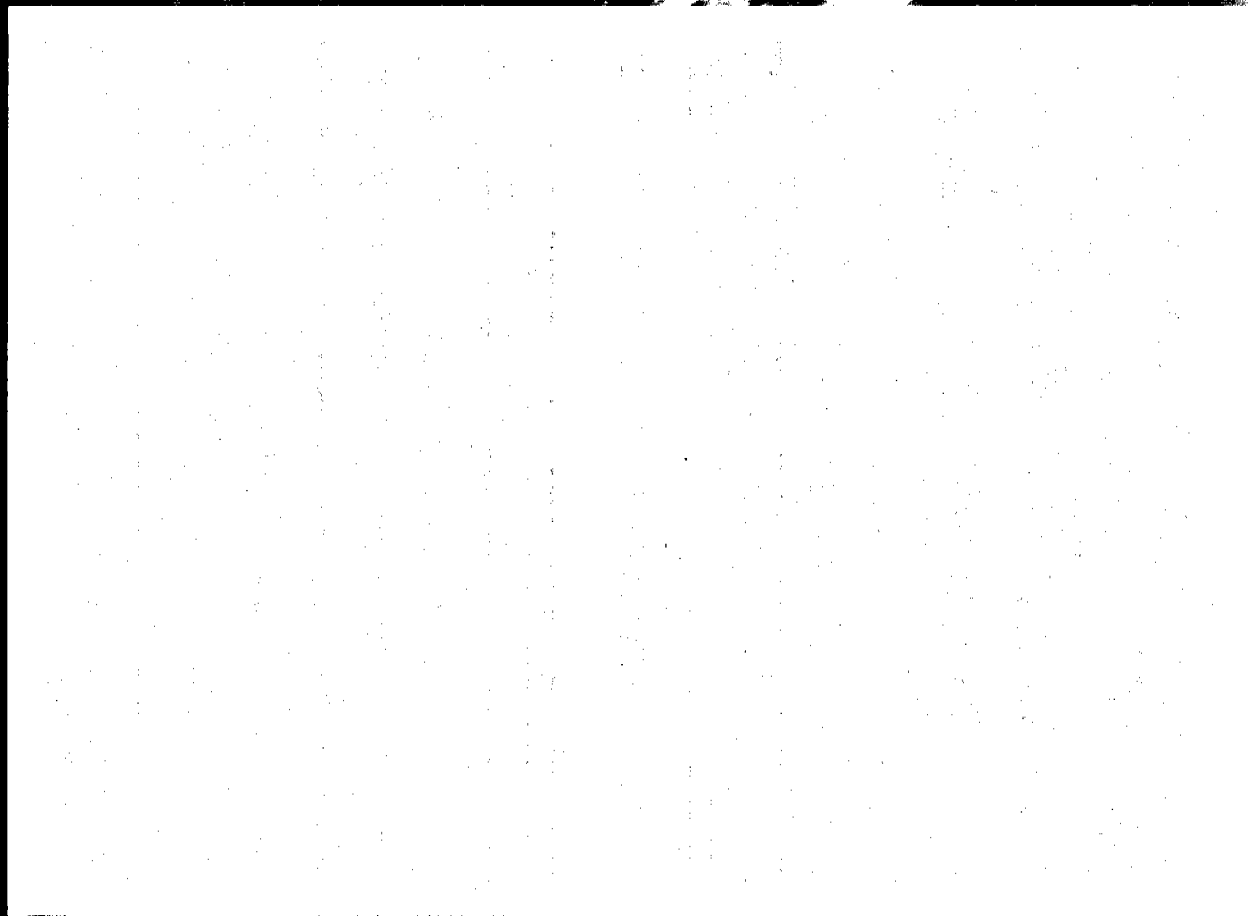
Cuando era un jovencito, nuestros padres solían llevarnos a visitar su aldea natal en Sultanpur, en Uttar Pradesh, India. Aunque la aldea no tenía agua potable ni electricidad y estaba a cinco kilómetros de la carretera principal, yo nunca pensé dos veces ante el viaje de 1.700 kilómetros.

Para llegar a la casa de mis abuelos viajábamos 40 horas en tren y otras 8 en un autobús destartado, y luego caminábamos unos 5 kilómetros en senderos de tierra, en pleno sol y polvo. Cuando llegábamos a la aldea, era el río y no los familiares el que nos atraía.

Después del tradicional saludo, Namaste, y de lavarnos los pies en una palangana de metal dejábamos nuestras cosas en una esquina y nos confabulábamos para que no se cumplieran los deseos de nuestros padres y abuelos de que no saliéramos corriendo hacia el río. Nos decían que hacía demasiado calor para que fuéramos al río. Pero a medio camino ya nos sentíamos felices y llenos de energía. Los últimos 150 metros corriamos, tirábamos las toallas en la orilla y saltábamos a abrazar el río. El agua nos hacía sentirnos frescos y emocionados.

Podíamos ver a un barquero que esperaba pasajeros para pasarlos al otro lado del río, gente lavando ropa y bañándose. Nosotros cantábamos y reíamos, jugábamos y pasábamos los momentos más felices de nuestras vidas. Sólo nos salíamos del río cuando nuestras tripas comenzaban a hacer ruidos.

Ahora que soy adulto, con preocupaciones y trabajo, no puedo visitar la aldea tan a menudo. Pero cuando voy siempre procuro ir al río. Siento que la cantidad y la calidad del agua ha cambiado pero el río todavía me hace sentir nostalgia. No resisto la tentación de meterme en el agua y vuelvo a pasar momentos felices.



La Autopista de la Amistad

Dick Kanfers, Países Bajos

Una de las carreteras más bellas y espectaculares del mundo es la Friendship Highway (Autopista de la Amistad). La carretera corre desde Lhasa, la capital de Tibet, hasta Kathmandu, la capital de Nepal. La carretera serpentea a través de los pasos de las montañas a 5100 – 5200 metros de altura. Los paisajes de las tierras altas tibetanas son imponentes y con un poco de suerte, desde el pueblo de Tigri se puede ver el Everest.

No se le puso el nombre de autopista de la amistad por nada. Más de seis meses al año la carretera está vedada al tráfico, debido a las lluvias torrenciales en la temporada de lluvia y a las grandes nevadas en el invierno. Continuamente hay desprendimientos de tierra que bloquean la carretera durante días.

La palabra 'autopista' da la impresión de que se trata de una carretera bien asfaltada de cuatro carriles. En realidad, la Friendship Highway no es nada más que una calzada cubierta con una mezcla de barro y pedazos de piedra. El mantenimiento de las cunetas a cada lado del camino es muy difícil, así que el drenaje deja mucho que desear.

En cuanto llueve la carretera se convierte en un mar de lodo, en el que los camiones se hunden hasta los ejes. Y lo mismo le sucede a las filas de automóviles que les siguen. A veces los vehículos se quedan atascados durante días. La única opción es descargarlos y sacarlos del fango con fuertes cuerdas. Todos los pasajeros que se han quedado varados trabajan hombro a hombro hasta que terminan la ardua tarea. Así que, ¿podría haber otro lugar mejor para hacer amistades que en esta autopista de la amistad?





**HOLY
WATER**

El poder curativo del agua pura

Ibe Samuel Onwuchekwa, Nigeria

Nkechi lleva casada diez años pero todavía no tiene niños. En Igboland, donde ella vive, no se ve con buenos ojos a las mujeres que no tienen niños y con frecuencia es víctima de insultos y desprecios.

Nkechi y su esposo Jumbo han visitado los mejores hospitales y les han asegurado que son fértiles. Sin embargo, los años pasan sin que tengan niños. Nkechi fue a una iglesia Pentecostal que hace milagros. Después de siete días de rezos y ayuno le pidieron que bebiera agua del manantial de purificación. Nkechi me pidió que la ayudara. Yo mandé a mi motorista a buscar agua al manantial de mi aldea. El motorista regresó con 25 litros de agua. Nkechi estaba muy agradecida y llevó el agua a la iglesia.

Pero resultó que el agua no era agua de manantial y no se podía usar. El tiempo apremiaba porque la purificación tenía que llevarse a cabo dentro de siete días. Nkechi regresó lamentándose y llorando. Yo enfrenté al motorista (a quien le había remunerado muy bien por sus esfuerzos), quien confesó que el agua era de uno de los pozos perforados de Umuahia. Le había dado miedo bajar la pendiente de 60 metros hasta el manantial de mi aldea.

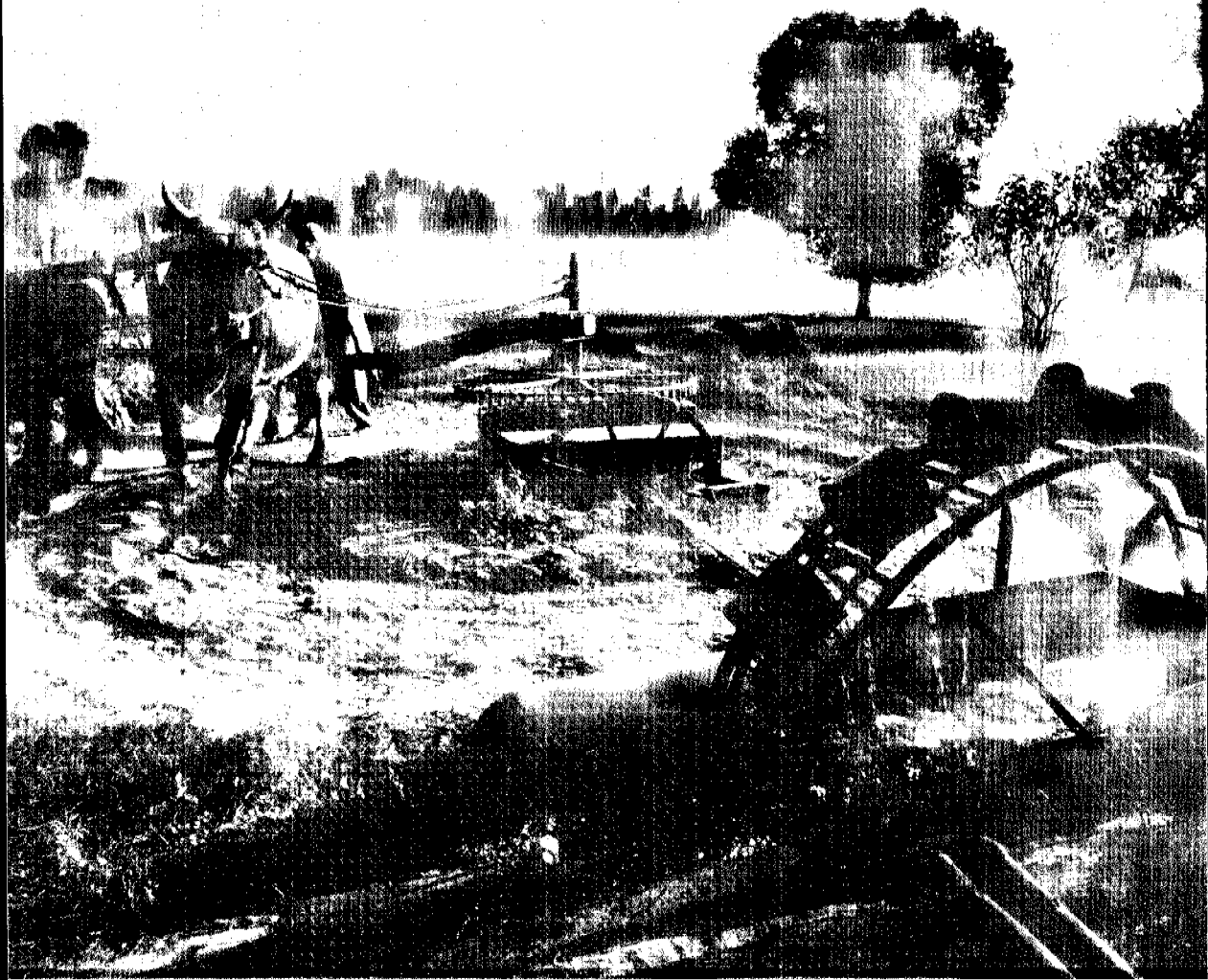
Yo acompañé a Nkechi al manantial. Era un viaje difícil. Mientras descendíamos la pendiente Nkechi respiraba con dificultad. Pero conseguimos el agua del manantial, que ella necesitaba para el ritual de purificación.

Y este no era cualquier ritual. El agua era realmente pura y ella la usaba para cocinar, beber y bañarse. Después de un mes de usar este agua y de haber vencido todas las dificultades para adquirirla, Nkechi se hizo una prueba de embarazo. El resultado salió positivo. ¡Nkechi estaba embarazada!

Muchos millones de personas sufren o mueren a consecuencia de agua insegura. A diferencia de muchos pozos perforados sin tratamiento, este manantial provee agua limpia, pero todavía es muy difícil llegar hasta la hondonada donde se encuentra y nadie hace nada por mejorar la situación.

En el pasado, Nkechi padeció de enfermedades causadas por el agua y puede ser que los antibióticos que estaba tomando hayan afectado su capacidad de concebir. El agua pura del manantial eliminó la necesidad de usar medicamentos.

El agua es vida. Dadnos agua pura, segura para beber.



Una lucha cuesta arriba

Bunker Roy, India

La gente que vive en las montañas de Kanchanjanga, en India, ve agua en abundancia. La lluvia es suficiente pero el agua cae en cascada al río al pie de la montaña y no hay suficientes fuentes seguras para la gente que vive en las cumbres. En Sikkim, al pie de la montaña, los ingenieros instalaron grandes bombas en el río para bombear el agua cerro arriba, una solución muy costosa.

Hace cinco años dijimos que queríamos probar un sistema de captación de agua de lluvia en lo alto de la montaña. Los ingenieros y los políticos pensaron que era una locura. No creían que el sistema pudiera funcionar. El jefe de ministros de Sikkim encogió los hombros y dijo: "Si ustedes construyen un sistema que funcione vendré a inaugurarlo personalmente".

Logramos conseguir algún dinero del gobierno de India. Con ello construimos el primer sistema de captación de agua de lluvia en el distrito de Sikkim. Lo hicimos sin ayuda de los ingenieros. La gente misma construyó el sistema, usando sus conocimientos y habilidades y los materiales que pudieron recolectar.

Fui a ver al jefe de ministros de Sikkim y le pregunté: —¿Recuerda lo que me dijo hace algún tiempo? Usted me dijo que si el sistema funcionaba usted mismo lo inauguraría oficialmente. El ministro estaba muy sorprendido pero parecía satisfecho. Se dirigió adonde el ingeniero principal y le preguntó si el sistema que habían construido los miembros de la comunidad tenía algún fallo. El ingeniero no pudo darle una respuesta positiva.

El jefe de ministros cambió la política del gobierno de Sikkim. Acordó invertir más fondos en esta clase de sistemas de captación de agua de lluvia y autorizar el desarrollo de otros 40 sistemas como el que habíamos instalado. La gente los construiría y el gobierno proporcionaría los materiales.

Hoy día, los 40 sistemas están operando. El costo total es sólo la cuarta parte del costo de los sistemas de bombeo que fueron construidos en el pasado por los ingenieros. Sikkim ha asignado fondos extra para más sistemas como este.



La gotera cava la piedra.

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

Kinderdijk

Dick Kanters, Países Bajos

En muchos países la gente tiene que luchar por el agua. En los Países Bajos, en cambio, desde hace muchos siglos luchamos contra ella. Más de la mitad del país se encuentra bajo el nivel del mar y a consecuencia de ello, esta nación ha sido víctima de muchas inundaciones. La inundación de Santa Isabel, en 1421, es una de las más conocidas en la historia holandesa.

Se dice que Kinderdijk, actualmente incluida en la lista de los patrimonios culturales de UNESCO por sus famosos 19 molinos y situada en el cruce entre dos ríos, debe su nombre a la inundación de Santa Isabel. Según la leyenda, cuando las inundaciones habían alcanzado el punto culminante y el agua corría hacia el Mar del Norte, flotaba en las aguas del río una pequeña cuna. En ella iban un bebé que lloraba y un gato que saltaba continuamente de lado a lado para evitar que la cuna se volcara. Finalmente la cuna encalló en la pendiente de un dique. De allí viene el nombre de Kinderdijk (el Dique de los Niños).

Hoy día, aun se puede ver esta sorprendente escena en una placa en la fachada de una bella casa señorial, en la calle Oost Kinderdijk, número 191.





Una estupenda madre llamada Mekong

Charles Bautista, Filipinas

Ella toca muchas vida y da vida. China, Vietnam y Camboya se refieren a ella con todo respeto como a La Madre Grande. Y aunque que creamos que podemos valernos solos, siempre regresamos a ella para alimentarnos.

El gran río Mekong le proporciona alimento a millones de familias, acariciando la tierra para que las cosechas y los árboles crezcan. Nosotros encontramos maneras de purificar sus aguas para saciar nuestra sed. Nos lleva a lugares, transporta nuestros bienes y atrae a gente de todas partes del mundo a admirar su belleza.

Pero la Madre Mekong tiene otra cara que la gente teme. A veces nos demuestra su ira y su poder derramando sus aguas sobre grandes extensiones de tierra. Algunas personas se niegan a darle paso y desafían su fuerza, construyendo paredes y fortalezas alrededor de sus aldeas. En la mayor parte de los casos esto en vano y la Madre Mekong los castiga cuando menos lo esperan. Estas personas sufren por su obstinación. Otros hijos saben que no es prudente acercársele y construyen sus casas lejos de sus inclementes azotes. Los hijos más sabios dejan que su ira pase entre los pilotes de sus casas, porque saben que le pasará el mal humor.

Pero a pesar de su gran poder, el río Mekong está dejando traslucir su propia debilidad. Nosotros hemos llenado sus aguas con toda clase de basura, creyendo que ella le podía hacer frente a todo, pero la estamos envenenando día a día. A medida que se asfixia, su vida obliga a las mareas a que retrocedan. **Le estamos robando su papel de creadora de vida.**

El Mekong es un ser complejo. En realidad, no es necesario ser genio para comprenderlo. Basta con tomarse el tiempo para observar sus cambios de humor y su estado de salud. Como hijos, le hemos pedido mucho a esta madre. Ahora que estamos creciendo debemos aprender a tener una relación de dar y recibir, que proteja tanto a la madre como a los hijos.

Durante siglos el río Mekong se cuidó solo y nos cuidaba a nosotros. Ahora tenemos que aprender a cuidarlo. Todos somos hijos e hijas del agua.

El pozo de la discordia

Abdulla M. Al-Thari, Yemen

En Yemen, una parte de mi trabajo como hidrólogo es encontrar sitios adecuados para perforar pozos. Mi antiguo jefe, un hombre muy influyente, le dio a la comunidad alguna tierra para que perforara un pozo. El proyecto tuvo mucho éxito y después de tres años, el pozo seguía suministrando agua limpia para 2.000 personas. Debido a este obsequio mi jefe gozaba de muy buena reputación.

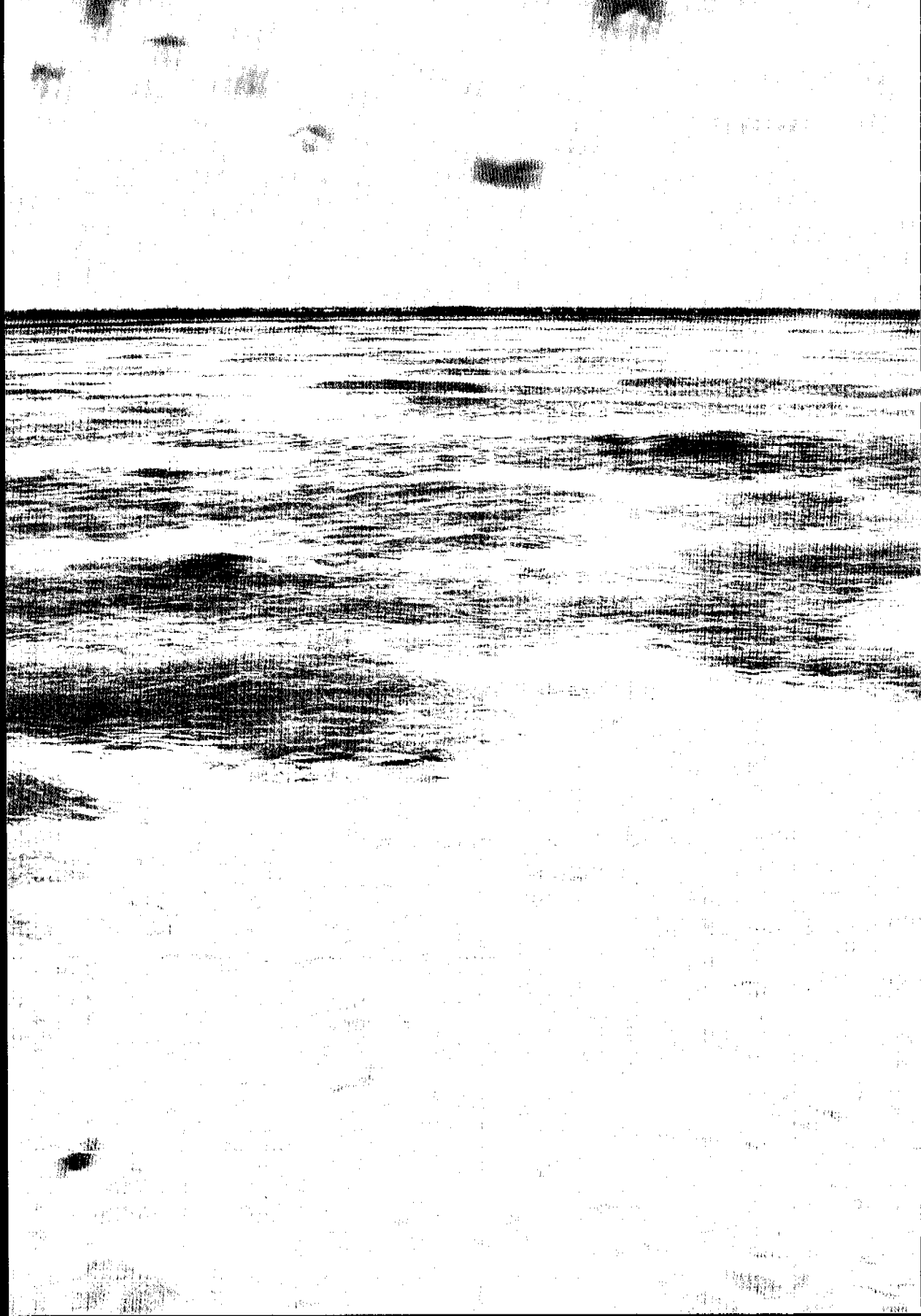
Luego me pidió que buscara un sitio para otro pozo en esas mismas tierras. Al llegar tuve la impresión de que ya se había escogido el sitio y que lo único que mi jefe deseaba era que yo marcara la tierra. Me pareció que primero se debía de hacer una investigación, pero mi jefe insistió. ¿Porqué?

Mi jefe necesitaba agua para irrigar su propia tierra. Ya había intentado perforar en tres sitios diferentes pero en ninguno había encontrado agua. Ahora quería que yo marcara un lugar muy cercano al pozo de la comunidad. Esperaba que un pozo muy cercano al de la comunidad también daría agua.

Yo le dije: —Si perfora un pozo cerca del pozo de la comunidad le quitará agua a los aldeanos. En Yemen el agua es por ley propiedad común, no es algo que le pertenece al propietario de la tierra. Me gritó y discutimos fuertemente, pero no me di por vencido. —Usted ha hecho mucho por la comunidad —le dije. **¿Porqué quiere echarlo todo a perder?**

Durante un año no tuvimos nada que ver el uno con el otro. Un día nos encontramos por casualidad. Me besó en la frente y me dijo: —Usted tomó una buena decisión y me salvó de cometer un grave error.





Agua

Agua, agua por doquier, agua en derredor,

Agua en el mar, agua en el solar.

Agua en el río, agua en un torrente,

Agua en una llave goteando fuertemente.

Agua en una fuente, agua en un pantano,

Agua en una flor, el sol brilla temprano.

Agua de cascada, cae desde arriba,

Agua en una nube, nieve de salida.

Agua que está muriendo, agua congelada,

Agua en un estanque, limpia, clara y delicada.

Agua en un incendio, sale de la manguera

Agua en el jardín, hace crecer las flores en la primavera.

Agua para los animales que nadan en el mar

Agua, agua por doquier.

Agua para ti y agua para mí.

El límite es 40 metros cúbicos

Maher Abu-Madi, Palestina

Abadi tiene más de ochenta años. Está muy preocupado porque su cuenta de agua es muy alta y no la va a poder pagar. Y si no paga le cortaran el servicio.

Abadi vive en las afueras de Amman, en Jordania. En su cuadra se usa un sistema de tarifas, lo que significa que si las familias usan mucha agua, el precio del agua aumenta. Cuando un hogar consume más de 40 metros cúbicos por trimestre, el precio aumenta enormemente.

Cada día el anciano lee el contador de agua y calcula lo que ha consumido su hogar. Cuando ve que el consumo se acerca al límite de 40 metros cúbicos pone en práctica un plan de emergencia.

—No usen mucha agua —le recuerda constantemente a su familia, o nos cortarán el servicio. Les grita cuando oye el agua correr en la cocina. Revisa todas las llaves y conexiones para ver si hay fugas. A veces cierra la válvula de entrada de agua a su casa, para que no salga agua de las llaves. Como último recurso recurre al depósito que usa para recoger agua de lluvia. Pero en Jordania llueve poco y el depósito es para emergencias.

A pesar de todas sus preocupaciones y esfuerzos sus acciones sólo tienen éxito parcial. ¿Porqué? En su casa viven más de 20 personas y todas necesitan agua. El agua que usan se registra en un sólo contador y en poco tiempo se llega a los 40 metros cúbicos.

Abadi amenaza a su numerosa familia diciéndoles: —La próxima vez que no me hagan caso iré donde las autoridades de agua y les pediré que nos corten el servicio. Sus hijos asienten con la cabeza pero saben que su padre nunca lo haría.



Un puente demasiado lejos

Peter Goedhart, Países Bajos

Miro por encima del río, que tiene una anchura de varios kilómetros de ancho. No puedo ver el otro lado pero puedo distinguir unas islas en el río. El agua corre apaciblemente entre ellas. Es la estación seca y trato de imaginarme cómo es durante la estación de lluvia. Es probable que entonces no sea tan sereno. En la estación seca mucha gente —a veces docenas y hasta miles de familias— vive en las islas, a las que llaman *chars*. Estoy visitando una *char* llamada Bara Piari, donde 180 familias cultivan más de 300 hectáreas de tierra fértil.

Uno de los puentes más famosos de Bangladesh es el puente Jamuna, en las cercanías de Bara Piari. Me gusta este puente. Fue toda una hazaña de ingeniería construir un puente sobre un río tan ancho. ¿Quién no estaría contento con algo así? Sarutan no está contenta. Sarutan tiene 41 años pero aparenta más. Dice que su vida era mucho mejor hace ocho años cuando heredó 0.7 hectárea de tierra, que añadieron a la hectárea de su esposo. No era mucho pero la tierra producía suficiente para sostener a su familia. Todo cambió cuando su esposo murió de repente.

—Dos días después llegó una familia y reclamó la tierra. Mi esposo aparentemente no tenía como demostrar la propiedad de la tierra. En una semana yo había perdido la tierra y tuve que mudarme a la tierra de mis padres. Cuando apenas empezaba a ordenar mi vida llegaron con las máquinas y comenzaron a construir el puente. El río comenzó a portarse diferente. Tomaron al río prisionero y todo el agua tenía que pasar por un corredor muy angosto. Las aguas rápidas afectaron a muchas *chars*. Durante un tiempo parecía que nuestra *char* iba a desaparecer por completo debajo del agua. Nos vimos obligados a refugiarnos en tierra firme.

—Nuestra *char* se recuperó por completo cuando terminaron el puente, pero ya no era tan grande como antes. Antes de la construcción del puente vivían 4.000 familias. Ahora sólo quedan 180. Yo no me sentía a gusto en tierra firme y afortunadamente todavía quedaba una pequeña parte de la tierra de mis padres. Tengo mi propia choza pero ahora trabajo en tierra ajena. De esta manera puedo sobrevivir. Es más duro que antes. De mis cuatro hijos sólo dos van a la escuela porque es todo lo que puedo pagar.

—Hemos presentado una queja contra el gobierno. Queremos recibir compensación por las tierras que perdimos. Una organización llamada JCDP* nos está ayudando. Ya alcanzamos nuestro primer éxito. El gobierno ha reconocido que perdimos tierras y que pondrá una cantidad a nuestra disposición para indemnizarnos. Pero esa cantidad es demasiado baja.

Luego ella deja de hablar. Mis pensamientos están en otra parte. Ella calla. —Los diseñadores del puente pudieron prevenir esta situación —le digo. Pudieron haberlos indemnizado de antemano. —Creo que para los ingenieros eso hubiera sido ir un puente demasiado lejos, —contesta sonriendo.





Unos 6.000 niños mueren cada día de enfermedades relacionadas con la falta de acceso al agua potable, saneamiento inadecuado o higiene deficiente. Esto equivale a que se accidenten diariamente 20 aviones jumbo.

Fuente: Informe Global de Evaluación del Suministro de Agua y Saneamiento, 2000. OMS/UNICEF/WSSCC

Cuestión de buen gusto

Ayeni, Rasheed Abiodun, Nigeria

La Dirección de Desarrollo Rural estaba evaluando un proyecto de agua y saneamiento en el Estado de Lagos, al sudoeste de Nigeria. Descubrieron que una aldea había abandonado un pozo perforado.

Antes de que se perforara el pozo, la principal fuente de agua de la aldea era una laguna cercana. El agua de la laguna contiene mucho lodo (légamo y otras impurezas) y ésta fue razón suficiente para convencer al equipo que tenían que reponer la fuente con un pozo que suministrara agua limpia. El agua del pozo reunía todas los requisitos de pureza, pero no los del sabor de la gente. Al parecer, el agua de la laguna era un ingrediente fundamental del caldo que se usaba para darle sabor a la comida local.

Cuando el agua de la laguna se hervía con las especias locales la sopa adquiría un cierto espesor y densidad que le daba el mismo gusto que le habían dado antes las madres y las abuelas. Cuando se hacía con agua del pozo, la sopa quedaba muy insípida y aguada, sin consistencia. Esto les hizo pensar a los pobladores del pueblo, que el agua del pozo era inferior a la de la laguna y entonces volvieron a usar agua de su antigua fuente.

Durante algunos talleres de capacitación y sensibilización que organizamos en la aldea hablamos con la comunidad sobre el agua y su pureza. Al final, la comunidad aceptó el agua del nuevo pozo.

Aprendimos una lección muy importante. No basta con instalar los pozos. No toda la gente juzga su agua con los mismos criterios que usa un ingeniero hidráulico. La capacitación y la sensibilización son esenciales para entablar conversación con los miembros de la comunidad y hablar con ellos sobre sus creencias y valores. ¡Es cuestión de buen gusto!





Construimos nuestro hogar alrededor del agua

Ratan Budhathoki, Nepal

Hace un año mi esposa, mis dos hijos y yo nos mudamos a vivir cerca de Kathmandu. Estábamos preocupados porque la capital de Nepal tiene más de 1 millón de habitantes y una crisis de agua.

Tuvimos mucha suerte de poder comprar un lote de tierra cercano a una fuente de agua que suministra agua todo el año. Allí construimos nuestra pequeña casa. El suministro de agua fue una de las principales razones por la que escogimos este lugar. Pagamos \$200 para comprar la participación en un sistema, en copropiedad, con otras 15 familias y pagamos \$0.40 al mes para los costos de mantenimiento.

Esta agua ha hecho posible muchas cosas. Cuando construimos la casa usamos agua para preparar la mezcla de cemento y arena para reforzar los ladrillos, las paredes y las tejas. Ahora usamos el agua para cocinar, bañarnos, lavar la ropa y los platos. Necesitamos agua para limpiar el inodoro y la casa.

Antes gastábamos \$15 al mes en las verduras que comprábamos en el mercado. Ahora mi esposa utiliza el agua usada para cultivar toda clase de verduras en nuestro huerto. Con el dinero que ahorramos en verduras podemos pagar la escuela de los niños. A veces nos sobran verduras y mi esposa se las regala a los vecinos.

A mis hijos, de tres y cinco años, les gusta mucho trabajar y jugar en el huerto. Usan pequeñas herramientas para cavar en la tierra y les encanta regar las plantas y las flores.

El agua es nuestra fuente de alimentos, ingresos y alegría, y siempre será una parte central de nuestras vidas.

La vida en una inundación

Barbara Earth, Tailandia

La zona central de Tailandia apenas está sobre el nivel del mar y depende del río Chao Phraya, que vierte sus aguas en el mar del Sur de China, para mantenerse a flote. A finales de septiembre de 2002, la luna llena aumentó el volumen de la marea del mar, al mismo tiempo que el río estaba en plena crecida. El mar estaba simplemente demasiado lleno para recibir más agua y el río se desbordó en cientos de aldeas.

Salí muy angustiada para Bamboo House, mi casa de campo en la aldea Wat Nang. En el punto donde la carretera se unía con el agua habían improvisado un campamento. Para poder llegar a mi casa tuve que aparcar mi automóvil y alquilar una lancha.

Flotábamos de manera extraña e inquietante sobre lo que normalmente eran pequeños caminos de tierra. La lancha me dejó en la verja del jardín y nadé hasta la casa, donde encontré mi cama flotando y la nevera sumergida en el agua. Un vecino había rescatado mis gallinas. Mientras batían sus alas en los guacales flotantes, la vista fija en el agua en señal de alarma, su expresión era de total desconcierto. Durante un rato fui tanteando con los pies en el agua lodosa, tratando de localizar algunas pertenencias. Colocaba lo que encontraba encima de mi cama flotante para que se secase. Pero entonces vi las ondulaciones de una culebra que nadaba a mi lado y me retiré apresuradamente.

Mi vecina Pen se había quedado en su casa con su familia. Cuando el agua subió, Pen y su hija mayor cargaron a su madre y a su nieta de tres años, y todo lo que pudieron, al segundo piso, donde las cuatro generaciones de mujeres habitaron durante un mes. Dejaron todo lo que era demasiado pesado para cargar. Esta había sido la peor inundación desde que Pen se había mudado a este lugar hacía 36 años, recién casada y de 17 años. Una pequeña lancha de metal atada al segundo piso era su único medio de contacto con el resto del mundo. Por las mañanas Pen llevaba a su hija al campamento para que pudiera ir a su trabajo y la recogía al final de la tarde. Tenía que cuidar a su nieta cada segundo por si se caía al agua. Pen cocinaba en una estufilla de gas y lavaba la ropa de la familia en el río. Si el agua estaba demasiado sucia le añadía alumbre. Se bañaban en el río y también orinaban en él, pero para defecar tenían que ir en lancha a los inodoros sépticos que se habían instalado en el campamento. Para su madre, que permanecía postrada en cama, Pen usaba pañales desechables. La única manera de deshacerse de la basura era soltándola en el centro del río.

En el campamento provisional los damnificados recibían donaciones de agua en botella, sardinas enlatadas y fideos instantáneos, enviados de Bangkok por gente que se preocupaba por ellos. Los hombres levantaban y cargaban bolsas de arena para parar el río y proteger el campamento. Después de varias semanas, cuando las enfermedades comenzaron a extenderse, se instaló una clínica temporal. Con el tiempo la vida volvió a la normalidad, pero sólo después de muchos meses de devastación y un largo período de limpieza.





El peso en agua que cargan
en la cabeza las mujeres en
Africa y Asia equivale al
peso del equipaje que usted
puede facturar gratis en
los aeropuertos (20 kilos).

Fotografías

Pete Atkinson (Getty Images): página 90
G. Baden (Zefa): página 32
Martijn Beekman (Hollandse Hoogte): página 78
Bas Beentjes (Hollandse Hoogte): página 26
K+H Benser (Zefa): página 103
Jiri Büller (Hollandse Hoogte): página 41
Bushnell/Soifer (Getty Images): página 4
Corbis/TCS: páginas 68, 86
Brendan Corr (Panos Pictures): página 52
Erik Dreyer (Getty Images): página 12
Danny van Ewijk: página 93
Emely (Zefa): página 80
R. Jerome Ferraro (Getty Images): página 74
Mark Henley (Panos Pictures): páginas 25, 47
Rob Huibers (Panos Pictures): página 94
Jack Hollingsworth (Getty Images): página 98
Jeremy Horner (Panos Pictures): página 14
Marc van Gestel: página 37
Gaviel Jacan (Getty Images): página 70
Dick Kanters: páginas 18, 22, 38, 48, 50, 55, 57, 64, 85, 107, 108, 112
Krahmer (Zefa): página 44
Pete Leonard (Zefa): página 83
Miles (Zefa): página 67
Daniel O'Leary (Panos Pictures): página 88
Giacomo Pirozzi (Panos Pictures): páginas 28, 101
Halina Pluciennik (Zefa): página 104
Martin Puddy (Getty Images): página 21
J. Raga (Zefa): página 111
Chris Sattlberger (Panos Pictures): página 10
G. Schuster (Zefa): página 60
René Toneman: página 42
Darryl Torckler (Getty Images): página 34
Ami Vitale (Panos Pictures): página 97

Patrocinadores



(Patrocinador principal)

ICCO

Apdo. Postal 151, 3700 AD Zeist, Países Bajos

Teléfono +31(0)30 692 78 11, www.icco.nl

ICCO es una organización intereclesial para la cooperación al desarrollo con una visión propia sobre la lucha estructural contra la pobreza. En colaboración con sus contrapartes en todo el mundo, ICCO apoya a los grupos más desfavorecidos en su lucha por una existencia digna. ICCO es una de las seis agencias de cooperación holandesas: organizaciones que apoyan proyectos con fondos del gobierno.

Fabrique

Fabrique Design & Communicatie

Oude Delft 201, 2611 HD Delft,

Países Bajos

Teléfono +31(0)15 219 56 00, www.fabrique.nl



WL | delft hydraulics

WL | Delft Hydraulics

Apdo. Postal 177, 2600 MH Delft,

Países Bajos

Teléfono +31(0)15 285 85 85, www.wldelft.nl

Provincie Noord-Brabant

Provincie Noord-Brabant

Apdo. Postal 90151, 5200 MC 's-Hertogenbosch,

Países Bajos

Teléfono +31(0)73 681 28 12, www.brabant.nl



M2D Marketing & Communication Advice

Maaskade 132a, 3071 NK Rotterdam,

Países Bajos

Teléfono +31(0)10 285 01 57, www.m2d.nl

Agradecimientos

Primero y sobre todo, deseo agradecer a todas las personas que se esforzaron por compartir sus experiencias con nosotros. Muchas de las historias que recibimos no se incluyeron en este libro, no porque no fueran interesantes sino simplemente porque recibimos muchas y tuvimos que escoger.

También mi más sincero agradecimiento a las organizaciones que nos proporcionaron ayuda financiera para publicar este libro. Sus nombres aparecen en las páginas finales. Nuestro especial agradecimiento a Egbert Fokkema (ICCO), a Ron Thiemann (WL Delft Hydraulics), a Paul Roos (Fabrique) y a Jeroen van Eindhoven (M2D).

Un panel conformado por Margaret Catley-Carlson (Estados Unidos), Sir Richard Jolly (Reino Unido), Ahmed Abo Dehman (Arabia Saudita), Gabriela Castellanos (Cuba) y Ayu Utami (Indonesia) me ayudó a seleccionar los cuentos que aparecen en este libro. Suzan Schapendonk, de Novib, me ayudó a encontrar a algunos de los autores que formaron parte de este panel.

El diseño y presentación del libro estuvo a cargo de Fabrique. También agradecemos a Peter McIntyre, quien pulió el estilo de las historias. Lingua Nostra proporcionó la revisión de la versión original (Nicolette Wildeboer), y las traducciones al español (Eca Zepeda Irias), y al holandés (Nicole Rossel). La impresión del libro fue realizada por Meester en de Jonge.

También queremos expresar nuestro reconocimiento especial a Dick Kanters, no sólo por haberse tomado la molestia de explicarme en detalle las historias de Alblasserwaard y Kinderdijk, pero también por sus bellísimas fotografías y sus frecuentes llamadas telefónicas, preguntándome en qué podía ayudar. Su entusiasmo fue una inspiración.

Y por último, pero no por eso menos importante, le doy las gracias a mis colegas, Eveline Bolt, Susanne Boom, Dick de Jong, Corina van der Koppel, Michel van der Leest, Arlex Sánchez Torres y Jan Teun Visscher, por su valiosa colaboración.

Sascha de Graaf